1797

Cinco días de julio

Luis Cola Benítez

1797

Cinco días de julio

EDICIONES IDEA

Colección dirigida por: Pilar Pomares
Directora de arte: Benita Domínguez

Luis Cola Benítez
1797. Cinco días de julio

Primera edición en Ediciones Idea: 2005
© De la edición:
Ediciones Idea, 2010
© Del texto:
Luis Cola Benítez, 2005
© De la imagen de la cubierta y las ilustraciones interiores:
Antonio Münzenmaier

Ediciones Idea

• San Clemente, 24, Edificio El Pilar,
38002, Santa Cruz de Tenerife.
Tel.: 922 532150
Fax: 922 286062

• León y Castillo, 39 - 4º B
35003 Las Palmas de Gran Canaria
Tel.: 928 373637 - 928 381827
Fax: 928 382196

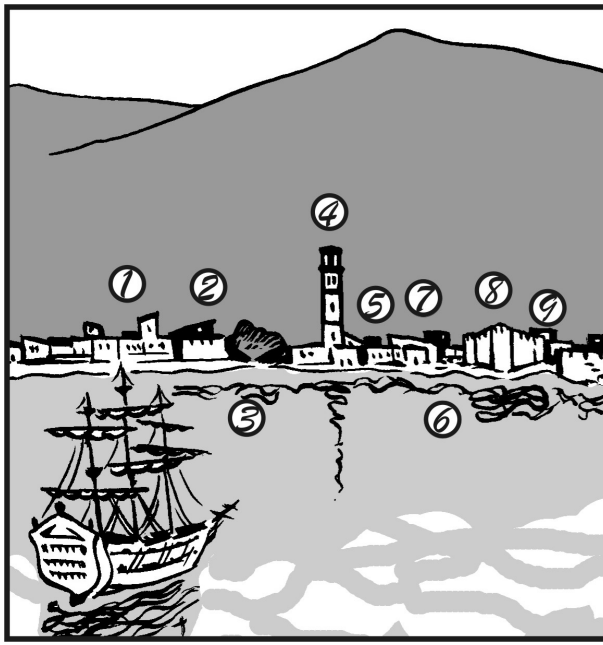
• correo@edicionesidea.com
• www.edicionesidea.com

Fotomecánica e impresión: Publidisa
Impreso en España - Printed in Spain
ISBN: 84-96570-59-2
Depósito legal: TF-743-2010

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por medio alguno, ya sea electrónico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y expreso del editor.

Luis Cola Benítez es historiador vocacional a quien la curiosidad por conocer nuestras raíces le convierten en minucioso investigador y escritor prolífico dedicado a recuperar muchos aspectos de la historia de Canarias, algunos de los cuales destacan por su originalidad; e inéditas aportaciones a la historiografía tradicional. Premio Periodístico del año 2000 de Investigación Histórica «Antonio Rumeu de Armas» y II Premio de Periodismo «Mare Nostrum Resort 2004». Tiene publicados ocho libros y son numerosos sus artículos de prensa y colaboraciones en revistas. Pertenece a la Real Sociedad Económica de Amigos el País de Tenerife y al Instituto de Estudios Canarios y es miembro fundador de la Tertulia «Amigos del 25 de Julio de 1797». Es colaborador habitual en emisoras de TV y de radio del Archipiélago y conferenciante destacado en temas históricos.

Tal ha sido el éxito de esta
función, que será celebérrima
en los Fastos de las Islas Canarias.
(José de Monteverde,
«Relación Circunstanciada»)



1 — Ermita de S. Telmo.
2 — Barrio de El Cabo.
3 — Desembocadura del Barranco de Santos.
4 — Parroquia de la Concepción.
5 — Convento de Santo Domingo.
6 — La Caleta.
7 — Casa de la Aduana.
8 — Castillo Pral. de S. Cristóbal.
9 — Baluarte de Sto. Domingo.

10 — Martillo del muelle (Batería).
11 — Alameda.
12 — Playa de la Alameda.
13 — Iglesia de S. Francisco.
14 — Camino de Santa Cruz a Paso Alto y San Andrés, hacia el Norte.
15 — Castillo de S. Pedro.

Día 21

El fuelle de la fragua resoplaba bajo los continuados impulsos de su pie que, cadenciosamente, mantenía en todo momento el ritmo apropiado; ni demasiado deprisa, ni pausas muy largas. La pieza de hierro, sujeta por las largas tenazas, iba adquiriendo el rojo vivo preciso que blanqueaba por las puntas y aristas del metal. Pero le era difícil concentrarse en la labor. Él, que procuraba siempre realizar su trabajo a conciencia y dedicándole toda la atención de que era capaz, no podía en aquellos días dominar la mente y, sin poder evitarlo, su pensamiento vagaba de un lado para otro entre sombríos e inquietantes presagios que trataba de alejar enfrascándose en el trabajo. ¿Qué podía ocurrir si el te-

mor que se había adueñado del puerto se convertía en realidad?

Por naturaleza era de talante tranquilo y optimista, por lo que en el fondo de su pensamiento prefería creer que los alarmantes comentarios que hacían algunos carecían de base razonable. Además, siempre había vivido al día, sin pensar demasiado ni preocuparse por lo que pudiera traerle un mañana que, en todo caso, siempre resultaba incierto. Los problemas, se decía, había que resolverlos cuando se presentaban, confiando en la suerte y en el propio instinto.

El encargo era importante y hubiese preferido poder realizarlo sosegadamente, recreándose en su ejecución. Además, la obra iba a lucir en uno de los mejores lugares del pueblo y a la vista de todos, incluso de los caballeros importantes que allí ya acudían, por lo que podía ser origen de futuros nuevos trabajos. No se le escapaba que había sido una gran suerte que le eligieran. Estaba satisfecho y convencido de que le sería posible realizar una buena obra, sencilla, pero que de seguro llamaría la atención por su perfección. Siempre había deseado poder

hacer algo así, aunque sólo en muy contadas ocasiones se le había presentado la oportunidad, pues no abundaba en el pueblo este tipo de encargos. Y no era que se considerara un artista excepcional ni mucho menos, pues era conocedor de sus propias limitaciones. Pero tenía la suficiente confianza en sí mismo como para saber que podría hacerlo tan bien como cualquier otro. Verdad era que la experiencia, la maestría en el oficio, la había alcanzado por otros caminos. Después de varios años había logrado hacerse un nombre, trabajando con modestia y honestidad, y era considerado en la villa como un buen artesano en su especialidad. Pero no era lo mismo hacer la llanta de un carruaje, herrar una caballería o fabricar los herrajes de una puerta, que hacer la verja de la Alameda del Marqués.

¡La Alameda! La gente, el pueblo, lo había tomado a chunga cuando se conoció el proyecto. ¡Hacer allí un paseo..! Aquel terreno «baluto» era la mitad playa, la mitad pedregal atravesado por el barranquillo de Los Frailes, que allí desaguaba entre unos pocos tarajales, y todo batido por el viento y la «maresía».

Pero, antes de irse, el Marqués había dejado trazado el recinto y nivelado el terreno y se habían plantado dos filas de escuálidos arbolillos qua todavía luchaban por sobrevivir. Luego, el nuevo comandante general, sin demasiada ilusión al principio, aceptó continuar la iniciativa de su antecesor. Después, cuando observó que no solamente el pueblo llano, sino también el señorío, veían con complacencia la idea y comenzaban a frecuentar el lugar, decidió darle un mayor impulso. Su Excelencia le había enviado recado y recibió el encargo de una primera parte de la verja. Si su trabajo resultaba satisfactorio, le encargarían también el resto. Tenía que esmerarse, pensó, en un trabajo que podría perdurar y darle renombre. También pensó, entonces, en el hijo que, por fin, cuando ya tanto Isabel como él casi habían perdido la esperanza, venía de camino. Y continuó su trabajo con renovado ahínco.

La pieza ya estaba en el yunque y se iba moldeando golpe a golpe entre avezados y precisos giros de las tenazas a un lado y a otro, y trepidantes martillazos qua arrancaban vivos chisporroteos al hierro candente. Hacía

un calor endemoniado pero, acostumbrado como estaba a la cercanía de la fragua, casi no lo notaba. El torso desnudo, brillante por el sudor, resaltaba su poderosa constitución.

De vez en cuando miraba hacia el mar por el espacio que quedaba libre entre la pared de toscos tablones y el techo del cobertizo donde trabajaba. Había tenido que espaciar sus salidas a pescar para poder dedicar más tiempo al trabajo de la herrería, y confiaba en que no le iba a pesar esta decisión. La pequeña barca, cubierta con hojas secas de palma, dormía varada a pocos metros del cobertizo sobre los guijarros de la playa. Junto a la casa, de la que el taller era una prolongación, sobre un colgadizo de cañas se secaba el último pescado cogido hacía ya varios días. El sol del mediodía caía con toda su fuerza sobre un mar encalmado y cabrilleaba en las ligeras ondas.

Volvieron los inquietantes pensamientos. Inconscientemente, mientras introducía la pieza que acababa de trabajar en la pila de piedra que contenía el agua, miró hacia el horizonte. Ni una vela a la vista en otro día de calma total. ¿Hasta cuándo duraría? ¡Bah! Seguro que nada ocurriría.

La voz de la mujer, procedente de la casa, interrumpió el curso de sus pensamientos.

—Juan, ¿no vienes a comer?

—Ya voy. En seguida entro —contestó.

Salió directamente a la playa y caminó hasta sentir la fresca sensación del mar en los pies desnudos. Formando cuenco con las manos se echó agua sobre los hombros y dejó que le corriera por el cuerpo. Se lavó cara y cuello y se echó más agua sobre la cabeza. Luego, con los brazos en jarra, volvió a fijar la vista, escudriñando el horizonte denso y desdibujado por la calina. ¡Nada! A lo mejor no aparecen, pensó. Luego, mientras comían, hablaron de lo mismo.

—No sé cómo puedes estar hora tras hora trabajando, estando todo el pueblo en ascuas como está —decía la mujer.

—Es mejor así. Me entretengo y procuro pensar sólo en lo que hago, aunque la verdad es que no lo consigo del todo —reconoció Juan.

—Sigue llegando gente de la Ciudad y de los campos —continuó ella—. Algunos da grima verlos, rotos y descalzos... Todos van hacia la plaza y muchos parecen asustados. Como

sigan viniendo, no sé qué van a hacer con ellos ni qué les van a dar para comer...

Juan interrumpió sus comentarios:

—Y tú aquí, Isabel —la miró seriamente, como tratando de convencerla—. Y en el estado en que estás. Deberías hacerme caso y subir a Geneto con tu hermana. Ya sabes que te espera y yo... me quedaría más tranquilo si te fueras con ella.

—No quiero volver con la misma cantinela,

Juan —le replicó la mujer con decisión—. Mi sitio está aquí y no pienso moverme. Además —añadió— verás que, al final, nada ocurre. Lo último que desearía es que me llegara la hora y no estuvieras cerca.

—Tampoco me agrada la idea, no creas; pero menos me gusta tener que dejarte sola cuando me llaman, y menos aún por las noches. Como tú misma estabas diciendo, hay mucha gente extraña en el pueblo estos días y mucho demonio suelto.

Se levantó y fue hasta el barrilete del agua.

Llenó el pequeño cazo y bebió despacio pero con ganas.

—Y, ¿qué me va a pasar a mí? —rió la mujer—. Ni para que nos roben servimos. No te-

nemos dineros ni más hacienda que la casa y los cuatro trastos. Y yo, con esta barriga... ¿a quién voy a tentar? ¿No se ha dado cuenta vuesa merced? —dijo con sorna.

Juan se le acercó por detrás y su enorme manaza le acarició el cuello. Luego, rápida pero suavemente, la deslizó hasta el vientre de la mujer, mientras le susurraba al oído:

—Para mi gusto estás preciosa así, mujer. ¿No se ha percatado de ello tan fina dama? —dijo remedándola.

Isabel se levantó, apartándole de un manotazo.

—¡Deja las chanzas, Juan! No sé cómo puedes mantener el humor con lo que se nos puede venir encima...

—Soy así, ya sabes... —replicó él.

—Anda —dijo Isabel con afecto—, recuéstate un tanto y descansa mientras yo recojo los cacharros.

Le hizo caso. Apartó la burda cortina que hacía de separación entre las dos piezas que constituían casi toda la casa, la más amplia, en la que habían comido, y la habitación de dormir. Se dejó caer en el lecho y cerró los ojos con las manos cruzadas tras la cabeza,

pero fue incapaz de conciliar el sueño. Isabel trasteaba allí al lado, y el sonar de las olas en la cercana playa parecía indicar que el viento estaba cambiando y que comenzaba a soplar desde el Sur.

Desde que se había establecido el servicio de rondas le habían advertido que no debía ausentarse del pueblo, y que estuviera dispuesto a cualquier hora por si era necesario su trabajo. Varias veces le habían llamado para reparar un eje, improvisar herrajes para las cureñas de la artillería y otros trabajos similares. Los avisos le llegaban lo mismo de día que a mitad de la noche, pero ahora hacía ya más de una semana que todo parecía tranquilo y no le molestaban, por lo que prácticamente no había salido de la casa y desconocía la posible existencia de nuevas noticias sobre la situación. Como no podía dormir, decidió darse una vuelta por la plaza principal. Se levantó y, diciéndole a Isabel que volvería pronto, enfiló la calle de La Caleta en dirección al muelle y al castillo.

Según avanzaba en su camino observó que aumentaba el movimiento que había en la calle, pero sin que se advirtiera nada espe-

cialmente alarmante: algunos milicianos que iban de un lado a otro, gentes de La Laguna o de lo interior de la isla con sus mantas al hombro, un oficial que, al paso de su montura, le precedía como si fuera en un tranquilo paseo. Nada especial, en fin, para lo que era habitual por aquellas fechas. A la derecha, en el lado de la calle más cercano al mar —el mismo en que se encontraba su casa—, las construcciones dejaban entre sí espacios libres por los que se podía acceder a la playa, rocosa en muchos trechos. Cerca de la rompiente recorría la línea de la costa un parapeto que cuadrillas de hombres se dedicaban en aquellos momentos a reparar y aumentar, acarreando grandes piedras y cantos rodados que recogían por el lado de afuera de la rudimentaria defensa. Al pasar cerca de la batería de la Concepción, junto a la casa de la Real Aduana y de La Caleta, era mayor el movimiento que se observaba. En unión de milicianos y paisanos, algunos marineros franceses —del bergantín que los ingleses habían sacado por sorpresa del puerto hacía algún tiempo—, colaboraban en los trabajos. Al desembocar en la plaza de la Pila vio junto a la

fuente algunas caras conocidas y hacia allí encaminó sus pasos.

Sentado en las gradas que rodeaban la pila estaba un hombre cano, más viejo que Juan, cuya blanca cabeza contrastaba con lo moreno de su rostro, curtido por el aire y el sol y como esculpido a hachazos en un pino de tea. Era Pedro Alonso, el patrón de pesca. Junto a él, rodeándole, cinco o seis hombres estaban pendientes de sus palabras que, por lo que parecía, causaban honda impresión en el improvisado auditorio.

—Repito lo que ya les he dicho —decía en aquel momento con énfasis—. Es imposible que con el tiempo que hemos tenido y la mar encalmada como está, a esa barca le haya ocurrido otra cosa. Estoy seguro.

—¿Qué pasa, patrón? ¿A qué se refiere? —se interesó Juan.

—Nada. Que «La Andoriña», que hace el viaje de La Palma, tenía que haber amanecido ayer en el puerto, y no ha llegado. Me temo que la han cogido los ingleses. No hay otra explicación posible.

—Entonces —terció uno de los presentes— eso quiere decir que los tenemos ahí «mismito».

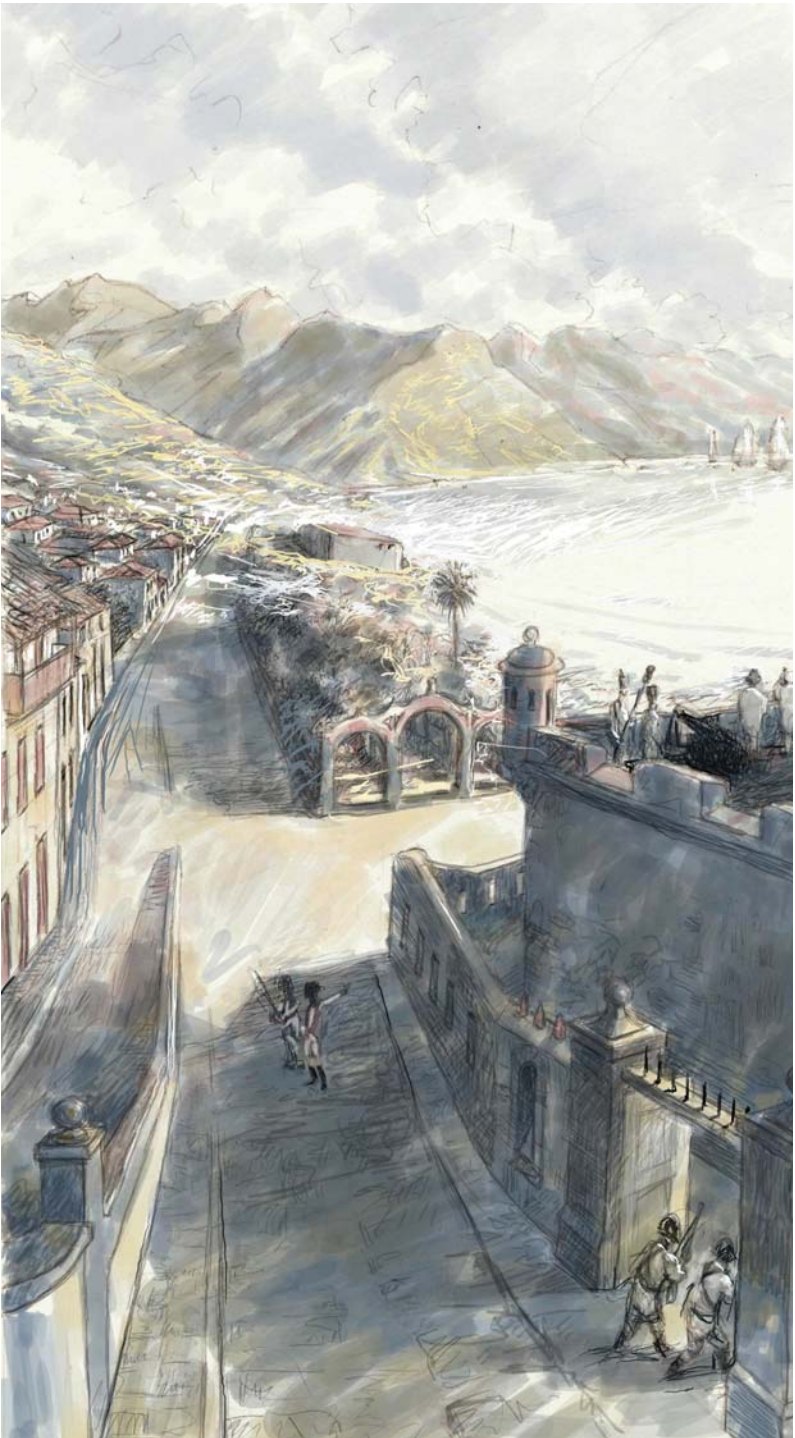
—Justo —corroboró el patrón—. Eso es lo que trato de decirles desde hace rato. Lo mismo opina el capitán del puerto don Carlos Adan, con quien he hablado esta mañana.

Juan, que no salía de su asombro ante lo que escuchaba, no se resistió a intervenir de nuevo.

—Pero, patrón, ¿y no se contentarían con hacer algunas presas pequeñas, como «La Andoriña», para retirarse luego? —preguntó ingenuamente, expresando más un deseo que un convencimiento.

Pedro Alonso se había puesto en pie y se le dirigió directamente.

—Maestro Juan, no sea niño vuesa merced. ¿Cree de verdad que a estas alturas no van a tener noticias del cargamento de la Compañía de Filipinas? Si piensan que tienen a mano tan buen botín, ¿cree de verdad que se van a contentar con atrapar algún barquito de las islas? ¡Buena presa para tan poderosa escuadra! Si les cae a mano, buena será, pero... ¡contentarse sólo con eso! Aviados iban... Alguna fanega de cal de Fuerteventura, un par de docenas de pellejos de cabra y, como mucho, si acaso, alguna barrica de vino «mariado». Y cuatro des-



harrapados viajeros que no podrían pagar ni un real por su rescate.

Tenía razón sobrada el veterano patrón. Hacía ya varios meses que un navío de guerra inglés, igual que ocurriera cuando fue apresado el bergantín francés, había sorprendido a las defensas de la plaza apoderándose impunemente del «Príncipe Fernando» con toda su carga, valorada, decían, en cerca de medio millón de pesos. Aún estaba en puerto otra fragata, también como la anterior de la Compañía de Filipinas, «La Princesa», que igualmente podía constituir una apetitosa presa para el enemigo. De hecho, el comandante general había ordenado desembarcar su valioso cargamento, que se trasladó a La Laguna en previsión de un nuevo asalto. Pero esta última circunstancia probablemente la ignoraba el enemigo.

Mientras continuaban comentando lo anterior, el patrón y Juan encaminaron sus pasos hacia el rastrillo de entrada de la fortaleza principal, que cerraba la plaza por el lado del mar y a cuyo costado izquierdo se iniciaba el pequeño muelle. Allí pudieron observar una

mayor actividad. Pelotones de soldados entraban o salían del castillo, mientras que milicianos provinciales, con aire despistado, formaban grupos en los alrededores, hablando y riendo, con una despreocupación que denotaba su falta de profesionalidad.

Se mantuvieron por aquellos contornos tratando de captar alguna noticia que confirmara sus temores, pero todo eran conjeturas y nadie sabía nada cierto. Comenzaba a oscurecer cuando Juan se despidió de Pedro Alonso y emprendió el regreso a su casa. Por el camino tomó la decisión de que, al día siguiente, antes de enfrascarse en el trabajo de la herrería, buscaría a alguien con quien enviar a Isabel a Geneto. Algún carruaje subiría a La Laguna, o alguna carreta en la que pudiera colocarla, pues ella ya no estaba en condiciones de hacer tan largo camino a pie. La convencería y la obligaría a marchar con su hermana. Así quedaría él más tranquilo, ya que no le estaba permitido ausentarse del puerto. Como sólo Dios sabía lo que podría durar la incertidumbre en que se encontraban, más valía tomar precauciones, pues la reciente

conversación con Pedro Alonso había aumentado su inquietud.

Aquella tarde, Isabel, una vez concluida la faena de la casa, y mientras esperaba el regreso de Juan, sacó del viejo arcón unas diminutas piezas de ropa a medio hacer y reanudó la costura en el punto en que la había dejado la tarde anterior.

Sentada cerca de la entreabierta puerta, de vez en cuando alzaba la vista hacia la calle y miraba el ir y venir de las gentes que por allí transitaban.

La calle de La Caleta era normalmente de las más concurridas del puerto. Partía hacia el sur desde la plaza de la Pila, junto al castillo de San Cristóbal y la caleta de Blas Díaz, a la que debía su nombre, y continuaba más o menos paralela a la línea de la costa, atravesaba cerca de su desembocadura el barranquillo de Cagaceite y terminaba en la plaza de la Iglesia. En su comienzo estaba la Aduana, algunos almacenes y un par de buenas casas de gente principal. Luego las construcciones eran más modestas y, mientras que

por el costado de arriba mantenían una cierta alineación, por el lado del mar más bien seguían el sinuoso contorno de la playa, con lo que la calzada se ensanchaba o estrechaba por aquella parte de forma caprichosa. La misma vivienda del herrero estaba situada más cerca de la rompiente que de la propia calle, que se ensanchaba en su frente. Ya en la plaza de la Iglesia, antiguamente llamada la calle Ancha, las edificaciones volvían a ganar en prestancia y categoría.

Según decían, había sido la principal calle del puerto durante muchos años, por ser la única que enlazaba con el camino hacia la Ciudad, La Laguna, a través del puente del Cabo. Luego, cuando más de cuarenta años atrás se construyó el puente de Zurita en las afueras del pueblo, la mayor parte del tráfico hacia lo interior de la isla dejó de pasar por la calle de La Caleta, pero continuaba siendo la principal comunicación con el antiguo barrio de El Cabo.

Por supuesto que, Isabel, mientras cosía, no pensaba en nada de esto. En su interior, las dudas la asaltaban y la llenaban de confusión. Por una parte le preocupaba la seguridad del hijo que llevaba en el vientre y sentía

una especie de vago remordimiento por no haber hecho caso a Juan a su debido tiempo, pues, en el fondo, reconocía que hubiera sido lo más sensato haber marchado a casa de su hermana. Por otro lado estaba Juan, retenido por las autoridades en el puerto a causa de su oficio. De los contados herreros allí establecidos, y a pesar de que ya no era un mozo, era el de menos edad y el que más cerca del centro del pueblo tenía casa y taller, por lo que habían contado con él desde que comenzó la alarma a principios del verano.

De una cosa sí estaba segura. Ocurriera lo que ocurriera, no dejaría traslucir su inquietud y trataría de mostrarse tranquilla y segura de sí misma, aunque no fuera ése el estado de su ánimo. La realidad era que sentía miedo por lo que pudiera pasar. Desde que se supo que los ingleses tenían bloqueado el puerto de Cádiz, eran muchos los que aseguraban que muy pronto tendrían a su escuadra frente a la punta de Anaga.

Día 22

Aún no había amanecido cuando Juan, medio adormilado en el lecho, tuvo la sensación de que algo había cambiado. El sonido del mar le parecía diferente, las olas rompían en la playa con mayor fuerza que en la tarde anterior y el arrastre que producían era señal de que había resaca. El viento, casi imperceptible hasta entonces, comenzaba a dejarse sentir.

Su somnolienta mente tomaba conciencia de este cambio cuando, sobreponiéndose a estos familiares sonidos, le pareció oír el de una campana, lejana y solitaria. Apenas había tenido tiempo de preguntarse qué sería aquello cuando, de improviso, el aire del amanecer se cuajó con el repique general de todas las campanas del pueblo. Las de San Francisco, el castillo, la parroquia, Santo Domingo, hasta la

de la ermita de San Telmo; todas, en un instante, se sumaron a la primera en confusa algarabía... ¡Era una alarma general! Bruscamente quedó sentado en la cama.

—¿Qué ocurre, Juan? —preguntó Isabel sobresaltada.

—¡Un incendio! —fue lo primero que se le ocurrió—. ¡Debe haber fuego en el pueblo! ¡Están tocando a rebato!

Al mismo tiempo que hablaba se oyó un cañonazo lejano, y luego otro y otro... que terminaron por sacarle de dudas y le hicieron caer en la cuenta de lo que de verdad estaba sucediendo.

—¡Son cañonazos, Isabel! ¡Los ingleses! ¡Están aquí!

Se puso en pie de un salto, se enfundó los calzones como buenamente pudo y, atravesando la herrería, corrió hacia la playa al mismo tiempo que lo hacían otros vecinos, y se oían, en la penumbra del amanecer, carreras y gritos de alarma. Todavía brillaban algunas estrellas en el cielo pero ya había claridad hacia el horizonte, por donde dentro de muy poco comenzaría a asomar el sol. El ruido de los disparos parecía provenir del castillo de

Paso Alto, al norte del puerto, y hacia aquella zona de la bahía se dirigían las miradas de cuantos habían acudido a la playa. Recortándose sobre la oscura e inconfundible silueta de las montañas de Anaga, se distinguían varios navíos que a cierta distancia de la costa trataban de mantenerse fuera del alcance de las baterías. Sin embargo, dos de ellos de menor porte se estaban acercando a tierra. Decidió que ya había visto bastante y, cuando iba a regresar a la casa, se le unió Isabel.

—¿Qué pasa, Juan?

—Son ellos, los ingleses. Parece que están atacando por Paso Alto.

—¡Señor! ¿Qué va a ser de nosotros? —imploró Isabel.

—Nada, mujer. Una cosa es que lo intenten y otra distinta es que lo consigan —afirmó con su habitual optimismo, evitando alarmarla prematuramente—. La plaza está preparada y no creo que puedan...

Mientras regresaban a la casa le habló seriamente:

—De todas formas, prepara tus cosas que, ahora sin excusa alguna, te vas hoy mismo con tu hermana.

—Pero, Juan, yo no quiero... —intentó replicar Isabel.

—Tú te callas. En cuanto encuentre a alguien de confianza que suba a la Ciudad, te unirás al grupo. No estás en situación de caminar, mujer, por lo que buscaré a alguien que haga el viaje con bestias o en algún carro.

Ya en la casa, Juan salió a la puerta. Todo el pueblo estaba en pie y parecía que se había echado a la calle en peso. Observó que, extrañamente, los cañonazos habían cesado y preguntó a un vecino que venía de la plaza.

—¿Qué pasa, amigo?

—Están frente al valle del Bufadero —le contestó el hombre casi a gritos—. Son seis o siete navíos bien armados y un enjambre de lanchas, creo yo que más de treinta, cargadas de gente para el desembarco.

—Y ¿las baterías? ¿Por qué han callado? —quiso saber.

—Están fuera del alcance de nuestra artillería y nada puede hacerse por el momento.

Juan no esperó más. Le dijo a Isabel que mientras los barcos no se movieran de donde estaban, al otro extremo del pueblo, no saliera de la casa.

—Voy a enterarme de lo que ocurre y trataré de encontrar a alguien que suba a la Ciudad y pueda llevarte. Espérame aquí y prepara tus cosas. Coge sólo lo más imprescindible.

Cuando llegó a la plaza ya era completamente de día. Los alrededores del castillo estaban llenos de gente, mezclándose los paisanos con los soldados y milicianos. Un numeroso grupo, con sus oficiales a la cabeza, partía por el camino de San Andrés hacia Paso Alto. Intentó pasar al muelle para tener una mejor visión de la escuadra inglesa, pero los soldados que estaban de guardia a la entrada le prohibieron el paso.

—¡Eh, tú! ¿Dónde crees que vas? ¡Atrás!

Bajó a la playa de la Alameda, junto al mismo muelle, donde ya se encontraban numerosas personas presenciando la escena, como si lo que estaba ocurriendo se tratara de un espectáculo. Desde allí pudo ver tres grandes navíos de línea y otros cuatro de diferente porte pero menores que los primeros. Dos fragatas eran las que estaban situadas más cerca de tierra y se encontraban materialmente rodeadas de lanchas repletas de tropa, pero le pareció que los navíos tenían dificultad para

mantener sus posiciones debido al viento y las corrientes. Todos estaban situados más allá de Paso Alto, fuera del alcance de sus cañones, circunstancia que favorecía que las lanchas se fueran acercando a tierra a soltar su carga sin encontrar impedimento alguno.

Juan pudo distinguir cómo las pequeñas embarcaciones iban y venían entre las fragatas y la playa del Bufadero. A medida que desembarcaban, algunos grupos de soldados se perdían hacia el interior del valle, mientras que, ya a media mañana, otros habían escalado la montaña que separa aquel barranco del de Valleseco. Entretanto, los soldados que había visto salir del castillo de San Cristóbal y de sus inmediaciones, avanzando con una rapidez sorprendente, habían ocupado los riscos de la Altura de Paso Alto y tomado posiciones frente al enemigo.

Ambos contendientes, separados por el amplio barranco de Valleseco, parecía que intercambiaban disparos que llegaban atenuados por la lejanía, acción que se prolongó durante horas. Juan pensó, y con razón, que dada la gran distancia que separaba los dos promontorios aquellas descargas no

iban a tener serias consecuencias para ninguna de las dos partes y, a medida que transcurría el tiempo, la situación iba adquiriendo tintes de monotonía. No veía lógica explicación a la decisión de los ingleses de ocupar aquella altura que, lejos de favorecer su avance hacia la plaza, les dejaba aislados en una montaña escabrosa y de terreno sumamente accidentado y pendiente, y sin el apoyo de sus navíos. Las dos fragatas, una vez concluido el desembarco, se habían reunido afuera con el resto de la escuadra. Por si esto fuera poco, según se fueron acercando las horas centrales del día, el calor se hacía notar de forma insoportable, por lo que las condiciones en que debían encontrarse los asaltantes no podían ser nada favorables como para intentar un ataque y avanzar hacia la población. Las alturas que dominaban el único camino posible junto al mar, estaban ya ocupadas por las fuerzas defensoras y, además, si intentaban pasar por allí, tendrían que rebasar las fortalezas de Paso Alto y San Miguel y las baterías que jalonaban la estrecha senda que bordeaba la costa desde aquellos valles hasta Santa Cruz.

Cuanto más pensaba en ello menos explicación encontraba Juan a la estrategia que había seguido el enemigo, pero... ¿quién podía adivinar cuáles eran sus verdaderas intenciones? En la playa, a cielo abierto, el calor resultaba agobiante, por lo que volvió hacia la plaza con idea de encontrar algún medio de transporte en el que sacar a Isabel del pueblo. Seguro que, dadas las circunstancias, muchas familias tratarían de huir hacia el interior de la isla, por lo que pensó que no le resultaría difícil lograr su propósito. Pero la situación había cambiado radicalmente desde el amanecer de aquel día de julio.

En los alrededores del castillo, soldados, milicianos, carros con bastimentos y gentes que llegaban de los pueblos de la isla se mezclaban en confusa multitud. Buscó, preguntando de un lado para otro, si sabían de algún carro que subiera a La Laguna o de alguien que dispusiera de bestias de carga, pero todos le informaban que los medios de transporte, los pocos de que se disponía, habían sido requisados por la autoridad, y aún se solicitaban más del interior. A medida que continuaba sus gestiones, primero con los cono-

cidos, luego con gentes que jamás había visto, iba cayendo en la cuenta de lo difícil que estaba resultando su idea. Buscó desesperadamente y en todos los casos la respuesta fue negativa y un sentimiento de angustia comenzó a dominarle. Isabel ya estaba muy avanzada e incluso el viaje en carro o en bestia ya le resultaría de gran incomodidad por el mal estado en que se encontraban los caminos, pero, con todo, era preferible tratar de alejarla del pueblo.

Con el ánimo abatido y pensando a quién podría recurrir, emprendió el regreso a su casa. Todo el recinto de la plaza, la Alameda, y la misma calle de La Caleta, eran un bullicioso hervidero. En los rostros de las personas con las que se cruzaba se podía observar expresiones de expectación, nerviosismo y, en muchos casos, de verdadera angustia. Tal y como había supuesto, muchos vecinos se encaminaban a pie a La Laguna, principalmente mujeres, niños y aquellos ancianos que aún podían valerse, y formaban grupos que trataban de poner tierra de por medio ante la presencia de los ingleses, transportando únicamente cuanto podían llevar consigo.

Cerca ya de su casa se cruzó con un viejo hombre del campo que traía cogido del ronzal a un mulo renqueante.

—Por favor, amigo, ¿a dónde va con ese animal?

—¿Por qué me lo pregunta? —contestó el viejo, desconfiado.

—Mi mujer está en estado muy avanzado y quiero enviarla a Geneto con su familia —le explicó Juan—. Pídame lo que guste a cambio y le prometo que lo tendrá —aseguró sin saber cómo podría cumplir su promesa si llegaba el caso.

El viejo le miró, asustado, e intentó seguir su camino, mientras le decía:

—No, no me es posible. Tengo que presentarme en la plaza a la autoridad... No puedo, no puedo...

Juan le retuvo por un brazo.

—Por favor, señor —le suplicó—. Sólo será cuestión de unas horas.

El hombre le miró con pena.

—Lo siento. De verdad que no puedo. Vengo de Acentejo, donde me cogieron con el mulo esta mañana en el pueblo. Tomaron mi filiación, ¿sabe vuesa merced?, y la del mu-

lo... y si no me presento antes del toque de oración me enviarán a prisión, ¿sabe?

—¿Cómo es eso? —preguntó Juan—. ¿Tan severas son las órdenes?

—Sí, lo son. Algunos que pudieron escapar a tiempo huyeron al monte con sus animales. Pero a mí me cogieron de improviso esta mañana. Es que soy viejo, ¿sabe? —y, reanudando su camino, añadió:

—Y estoy cansado...

Juan siguió con la mirada la patética figura y en medio de su angustia tuvo lástima del viejo.

A la puerta de la casa encontró a Isabel observando el trajín de la calle. Le explicó lo mejor que pudo la difícil situación que se estaba creando en el pueblo ante la presencia de los ingleses, y sus fracasados intentos por encontrar a alguien que la sacara de allí.

—Sí, algo he oído entre las vecinas —le confirmó ella, simulando quitarle importancia a la cosa—. Parece que algunas personas que tienen medios están acaparando mantenimientos y, de repente, a media mañana, las tahonas dicen que no les queda harina. ¿Cómo es posible?

—Más me preocupas tú, Isabel —y Juan cambió de tema, insistiendo—. Tenías que haberme hecho caso desde hace tiempo.

—Pero yo prefiero estar aquí...

—Pero entra en razón, mujer. Te falta menos de un mes y ahora... no sé lo que vamos a hacer. Vivimos demasiado cerca del castillo y de las defensas y, menos mal que a los ingleses no les ha dado por bombardear la plaza, que si no...

Le contó cuanto había presenciado desde la playa de la Alameda y su extrañeza por el punto elegido por el enemigo para hacer el desembarco. Era verdad que donde se habían instalado estaban por el momento a salvo de ser rechazados, pero no era menos cierto que, desde aquella posición, muy difícilmente podrían avanzar un solo paso hacia el pueblo.

—En último extremo —añadió— te acompañaré hasta las afueras. Te dejaré instalada en cualquier parte... Algo habrá o alguien encontraremos que te dé posada. Aunque sea en una cueva —concluyó como hablando consigo mismo.

Isabel no contestó. Mientras hablaban habían entrado a la casa y la mujer se dirigió al fogón donde humeaba un caldero y le sirvió algo de comida. Apenas pudo probarla. Fue a

la herrería y tomó en sus manos algunas de las piezas de la verja a medio hacer, y acabó lanzándolas con rabia a un rincón. Su estado de ánimo no le permitía dar un solo martillazo. Le pareció escuchar pasos fuera, en la playa, y el ruido que hacían los callaos al ser pisados, muy cerca de la casa. Demasiado cerca, pensó. Y reaccionó demasiado tarde. Cuando se percató de lo que ocurría y echó a correr, ya no había remedio. Sólo alcanzó a ver a un hombre que a la carrera se perdía hacia la desembocadura del barranquillo de Cagaceite llevando en sus manos buena parte del pescado que tenía puesto a secar junto a la casa.

—¡Al ladrón! —gritó impotente. Y luego, en voz baja—. ¡El muy hijoputa!

Ya era tarde. El ladrón, que en unos instantes había mermado considerablemente su despensa, había desaparecido de su vista.

—¿Qué ocurre? —preguntó Isabel saliendo, y al ver lo sucedido:

—¡Dios mío! ¡Buena nos la han hecho!

Recogieron el pescado que se había salvado de la rapiña, mientras Juan comentaba la situación que se estaba creando en el pueblo, de angustia y tensión, y que estaba desembo-

cando en estos desmanes. Luego avanzó hasta la orilla del agua y miró hacia Anaga, donde seguía la escuadra enemiga en la misma posición en que la había visto la última vez. ¿Qué podían hacer ellos? Nada. Sólo esperar el curso de los acontecimientos. Allí estuvo hasta que comenzó a oscurecer sin que en los navíos enemigos se observara el menor movimiento extraño. Se recostó sin desvestirse y durante la noche volvió varias veces a la playa para, inútilmente, escudriñar la oscuridad.

En algunos momentos creyó oír disparos de artillería lejanos y muy espaciados, que sonaban a intervalos más o menos regulares. En todo caso era evidente que no se trataba de fuego de combate, sino más bien avisos o señales de alguna posición alejada, hacia el norte de la plaza, de Paso Alto o de más lejos aún.

Isabel, con la angustia en el alma, yacía acurrucada en el lecho y, mientras sentía los leves movimientos del ser que llevaba en su seno, fingía dormir. Pero aquella noche, cargada de incertidumbres y de sombríos presagios, nadie durmió en Santa Cruz.

Día 23

Los golpes sonaban con insistencia en la puerta y fue Isabel la primera en reaccionar.

—Juan, Juan... Están llamando a la puerta..., ¿quién podrá ser a estas horas?

Se incorporó sorprendido y malhumorado al comprobar que el sueño le había vencido a última hora de la madrugada. Volvieron a sonar los golpes, Ahora acompañados por una voz juvenil y apremiante.

—¡Maestro Juan! ¡Abra, maestro Juan! ¡Soy Gaspar el de seña Felisa! ¡Abra de una vez, hombre!

—¡Voy, ya voy! —contestó Juan mientras se dirigía a quitar la tranca para franquearle el paso.

Gaspar llevaba puesta una casaca de color indefinido y portaba en sus manos un mos-

quete viejo y oxidado, lo que no escapó a la mirada de Juan.

—¿Qué te pasa, muchacho? —le preguntó alarmado— ¿Le ocurre algo a tu madre?

—No, que yo sepa, gracias a Dios. Y de momento no pasa nada grave. Es que el capitán Eduardo me ordenó que viniera a avisarle que debe incorporarse lo antes posible y presentarse al oficial de guardia de San Cristóbal —le informó el muchacho, añadiendo:

—Y que no olvide llevar sus herramientas y cuanto pueda necesitar para permanecer allí en tanto dure la alarma por si fuera menester su trabajo.

—Mucho habían tardado, digo yo —comentó Juan en tono resignado—. Y... ¿Los ingleses?

—Pues no lo sé exactamente. Casi llevo dos días sin salir del castillo, y no sé más que lo que oigo.

Gaspar era recluta de las Milicias Provinciales y estaba agregado al Cuerpo de Artillería. Habitualmente era pescador y su madre, seña Felisa, viuda desde hacía años y con este único hijo, era una de las más populares vendedoras de pescado del puerto, conocida por su honradez y carácter amable. Ambos vivían en

el barrio de El Cabo, cerca del hospital. El muchacho continuó resumiendo lo que sabía.

—Los nuestros pudieron ocupar los riscos de la Altura antes que ellos. Hasta subieron cuatro cañoncitos con todo su bagaje, que han estado disparando durante toda la noche por si el enemigo intentaba avanzar y cruzar por Valleseco, pero creo yo que poco efecto pueden haberle hecho por su corto alcance.

—Entonces —preguntó Juan— ¿no ha habido lucha en aquellos valles?

—Bueno, no lo sé con exactitud —continuó Gaspar—. Ayer parece que algunos pocos ingleses que bajaron al barranco en busca de agua fueron abatidos por los franceses y oí decir que mataron a dos de ellos. Pero no sé qué hay de cierto. También dicen que era intención de los ingleses internarse hacia La Laguna por aquellos montes, pero el teniente coronel Creagh y el teniente Siera recogieron gentes de la Ciudad y les han cerrado el paso, por lo que no han podido moverse de su posición. Cuentan que hasta el alcalde de Taganana reunió a las gentes de aquellos pagos y se unió a la tropa. Éstos son los rumores y lo que se dice por el castillo. Pero,

maestro Juan, tenemos que irnos. Ya está amaneciendo.

Así era. La claridad del nuevo día comenzaba a hacerse notar y se advertía que en la calle iba en aumento el ir y venir de personas, que no había cesado en toda la noche. Entonces Juan tuvo una idea, y le extrañó que no se le hubiera ocurrido antes.

—Dime una cosa, Gaspar, antes de irnos. ¿Tu madre sigue en vuestra casa?

—Sí, claro, ¿dónde iba a estar? Anoche mismo se acercó a la plaza a llevarme algo de comida.

—¿Tú crees que le importaría que Isabel estuviese con ella hasta que todo esto pase? Tal y como se encuentra, nada me agrada que tenga que quedarse aquí sola.

—¡Por favor, maestro! —exclamó el muchacho—. Mi madre se ofendería si dudase de su buena acogida. Seguro que ahora, por la mañana, vuelve por la plaza. Le diremos que la recoja a su regreso a casa.

Isabel, que había permanecido en silencio hasta el momento, intervino entonces.

—Pero Juan, vamos a dejar la casa sola...

—No importa, mujer. Tú misma dices que no servimos ni para que nos roben.

—Pues ya nos robaron la mitad del pescado...

—Bueno, te llevas el que quedó y así no les faltará comida. Recoge tus cosas y cierra bien las puertas. Seguro que, si no hay nada que hacer, podré darme una escapada hasta aquí de vez en cuando.

Juan dio el asunto por decidido y metió en un saco las herramientas que creyó que podría necesitar. Luego, se despidió de Isabel.

—Ten cuidado. Espera aquí hasta que seña Felisa pase de regreso y, si necesitas avisarme, ella misma lo hará o envíame recado con algún vecino. Ah.., y no te preocupes por mí.

Ya era de día cuando los dos hombres salieron a la calle y se dirigieron al castillo. Juan, con el saco de las herramientas a la espalda y la mandarria al hombro, volvió a mirar el mosquete que llevaba el muchacho.

—Dime, Gaspar, ¿de verdad crees que ese montón de chatarra que llevas será capaz de disparar sin reventarte entre las manos?

—No lo sé —contestó sonriendo el muchacho, y añadió—: Ni creo que lo sepa nunca, pues me lo han entregado sin pólvora ni munición. Sólo me dieron una bayoneta casi tan larga como el mosquete y que espero no tener

que usar, entre otras cosas porque debe de corresponder a otro tipo de arma y no hay forma de encajarla en ésta.

—¿Y dónde tienes ese arma mortífera? —preguntó con sorna Juan.

—A un compañero se la dejé para que me la guardara. Otros han salido peor servidos que yo, pues hay milicianos que a falta de fusiles les han entregado picos. Más nos valdrá que los ingleses continúen alejados del pueblo. Si intentaran un asalto por el centro... de verdad, no sé lo que podría ocurrir.

Cerca de la casa de la Aduana vieron a un hombre que llegaba corriendo en dirección contraria a la que ellos seguían, en torno al que se arremolinó un grupo de gente. Al acercarse les pareció que todos estaban excitados por lo que el hombre contaba.

—¿Qué ocurre? —preguntó Juan a uno de ellos.

—Dice que el enemigo se ha retirado durante la noche. ¡Bendito sea el Señor! ¿Será cierta tan buena noticia?

En ese mismo instante, otro paisano llegaba corriendo desde la plaza anunciando a gritos:

—¡Se marchan! ¡Los ingleses han vuelto a sus naves! ¡La escuadra se marcha!

Desde donde se encontraban, la vieja y destartalada mole del castillo de San Cristóbal les impedía la visión de la escuadra, por lo que Gaspar corrió hacia la cercana playa, seguido por Juan. Era cierto. Los navíos ingleses se reagrupaban y se alejaban cada vez más de la costa frente al Bufadero, donde se habían mantenido desde el día anterior. Estaban largando velas y parecía que se dirigían hacia el sureste y, de continuar en esa dirección, pasarían frente a la plaza a considerable distancia. ¿Sería posible que se retiraran sin insistir en su intento? ¿No se trataría de una maniobra de distracción para volver más tarde a atacar por otro frente?

Cuando llegaron al castillo les fue confirmada la noticia y no se hablaba de otra cosa en todo el recinto: durante la noche el enemigo había reembarcado todas sus tropas sin que nadie lo advirtiera.

Juan se presentó en el cuerpo de guardia, pidiendo que fuese informado el capitán Eduardo de su llegada. El oficial que estaba de servicio envió el recado y al poco tiempo

se le dijo que debía permanecer allí hasta nueva orden, aunque por el momento no era necesario su trabajo. Dejó las herramientas en un almacén contiguo y, como no tenía otra cosa mejor que hacer, se dedicó a curiosear por las plataformas del castillo.

Aunque Juan no lo sabía, aproximadamente por aquellas fechas cumplía dos siglos de vida el castillo de San Cristóbal. A través de este tiempo, y pese a las continuas obras y reformas, había conservado en lo fundamental su estructura original, construida de sillería de piedra en su primera mitad y de mampostería la parte alta. Luego, por la parte de la entrada, frente mismo a la plaza de la Pila, se le había añadido un patio exterior de forma más o menos triangular, a modo de pequeña plaza de armas, y cerca de su entrada se había construido un nuevo aljibe para la recogida de agua, que se suministraba directamente de la fuente de la plaza. Por el costado norte se había edificado, adosado, un baluarte que se conocía como batería de Santo Domingo, y que formaba una especie de terraza a media altura entre la propia fortaleza y la inmediata entrada al pequeño muelle, que queda-

ba así cubierto por su artillería. El resto de las modificaciones que se habían realizado en el transcurso de los años eran interiores —alojamientos, capilla, almacenes—, y no habían afectado a su apariencia exterior.

En su camino hacia la plataforma superior Juan pudo comprobar cómo todas las dependencias y galerías estaban materialmente ocupadas por soldados, milicianos y gentes de toda clase y condición. Entre los paisanos, unos reclutados a la fuerza y otros presentados voluntariamente, había muchos que deambulaban de un lado para otro sin saber qué hacer ni a dónde dirigirse, y que en aquellos momentos servían más de estorbo que de ayuda. Los había echados en las galerías, sentados en las escaleras o recostados contra los muros, formando grupos y corrillos en los que circulaba toda clase de rumores. En la plataforma superior la situación era distinta. Allí casi no se veía más gente que la que estaba a cargo de la artillería, y todo parecía bastante mejor organizado. Los navíos ingleses se distinguían desde allí alejados de la costa, ya casi frente al mismo castillo, y seguían navegando hacia el sur.

En el tambor norte de la plataforma un grupo de jefes y oficiales seguía con sus catalejos las evoluciones de la escuadra enemiga. En su centro Juan pudo distinguir al propio comandante general, don Antonio Gutiérrez, y no consideró oportuno permanecer en aquel lugar por más tiempo. Ya iba a emprender el regreso cuando el capitán Eduardo, destacándose del grupo, se le dirigió directamente.

—¡Maestro Juan! —le llamó.

—Dígame, capitán Eduardo —respondió el herrero con la familiaridad de un antiguo conocimiento. A lo largo de los años había realizado muchos trabajos para el capitán y su familia y para él no era sólo un capitán de Artillería, sino un vecino y buen cliente que siempre le había demostrado su confianza e, incluso, salvando las diferencias de clase, una cierta amistad.

—Ya me habían informado de su llegada —le dijo—. Procure mantenerse cerca del cuerpo de guardia para poder localizarle en caso necesario.

—Pero, capitán —replicó Juan—, parece que los ingleses se retiran, ¿no es así?

—La verdad, es lo que parece. Pero tenemos dudas todavía. Su Excelencia piensa que

esta retirada puede ser una maniobra y dice tener la convicción de que no se retirarán ni desistirán de su empeño tan fácilmente.

—Entonces —quiso saber Juan— ¿no se sabe cuánto puede durar esta alarma?

—Así es. Por eso mismo tenemos que estar preparados día y noche.

—Lo decía, don Antonio —añadió el herrero llamándole por su nombre, como lo hacía habitualmente—, porque Isabel, mi mujer, está a punto de dar a luz, y no he encontrado medio de sacarla del pueblo.

El capitán le miró pensativo durante unos instantes antes de volver a hablarle, como haciéndose cargo de la situación.

—Mire... Usted tiene fama de persona formal y vive cerca del castillo, por lo que no hay dificultad en enviarle aviso. Si promete decírmelo cuando se ausente y regresar siempre antes del oscurecer, mientras esto dure puede ir a su casa por las tardes. Pero recuerde que mientras haya alarma debe considerarse movilizado a todos los efectos. Puede necesitársele en cualquier momento.

—Gracias, don Antonio. Puede estar seguro de que no le fallaré.

El capitán volvió a unirse al grupo de oficiales, mientras Juan regresaba a las proximidades del cuerpo de guardia. Allí permaneció durante un buen rato y alcanzó algo del rancho que se repartió al mediodía. Luego, se encontró en el patio a Gaspar, quien le confirmó que su madre había quedado en recoger a Isabel y que la llevaría a su casa, noticia que le tranquilizó.

A esa hora la escuadra inglesa había derivado hacia el sur y parecía que se aproximaba a la costa en dirección a Candelaria. Al oír estas noticias fueron muchos los que salieron del recinto del castillo y se dirigieron a las vecinas caleta de Blas Díaz y playa de la Aduana, desde donde se podía ver sin impedimento todo aquel sector de la costa. Se produjo entonces un inusitado movimiento de tropa que, forzando la marcha, se dirigió hacia aquellos parajes en previsión de un desembarco enemigo. Juan pensaba que esa posibilidad era muy remota, por considerar que el enemigo no iba a caer dos veces en el mismo error. Desde sus barcos era seguro que los ingleses podrían observar perfectamente lo abrupto de aquellas costas, desde Candelaria

a Barranco Hondo, cuyas empinadas laderas y acantilados cruzaba el camino hacia Santa Cruz. Este camino era poco más que una mala vereda con tramos extremadamente difíciles y hasta peligrosos —como la Cuesta de las Tablas y San Isidro— para una tropa numerosa que tratara de avanzar hacia la plaza con toda su impedimenta. De hecho podrían verse en peor situación, incluso, que el día anterior, cuando ocuparon la altura del valle del Bufadero, ya que las fuerzas defensoras podrían hostigarles y desbaratar su avance con bastante facilidad.

Cuando regresó al castillo le fue preciso darse a conocer para que le franqueasen el paso, pues se había establecido el necesario control y nadie cuya presencia no estuviera totalmente justificada era admitido dentro de sus muros. Al desorden y hasta hacinamiento existente por la mañana le había sustituido un ambiente más disciplinado y riguroso, como no podía ser menos en el castillo principal de la plaza y sede de su comandante general. Seguramente, en los primeros momentos de la alarma, las propias autoridades se habían visto sorprendidas por la afluencia de

gentes que allí habían acudido, unos a ponerse a disposición de los jefes y otros, tal vez los más, con el solo objeto de recabar información o como simples curiosos. Los paisanos habían sido desalojados después de asignárseles destino, y toda la tropa que allí no era necesaria vivaqueaba en la plaza, la Alameda y sus contornos o se había remitido a los distintos acuartelamientos.

Juan pensó, según pasaban las horas, que su estancia allí estaba resultando inútil y que sólo le estaba reportando una considerable pérdida de tiempo. De haber podido habría aprovechado el día trabajando en la herrería.

Estos pensamientos casi se volvieron convicción cuando supo que los navíos ingleses se alejaban hacia el sureste y se perdían de vista en el mar. Esta retirada del enemigo terminó de convencerle de que, al menos por el momento, allí nada hacía, por lo que buscó al capitán Eduardo para hacerle saber su intención de marchar a su casa, tal y como habían hablado por la mañana. Pero por el oficial de guardia supo que el capitán había salido a primera hora de la tarde al frente de una sección de tropa —cuando se observó la primera

maniobra de la escuadra hacia el sur—, a inspeccionar la costa de Puerto Caballos y aún no había regresado. Por lo que sabía, se trataba de ver sobre el terreno la posibilidad de emplazar por allí alguna artillería. Estimó que cumplía con informar al oficial de su salida, y así lo hizo.

En la casa todo parecía en orden. En el camino hasta allí comprobó que no era la suya la única que estaba cerrada, y que muchos vecinos cercanos a la marina habían desalojado sus viviendas para ir a buscar refugio en lugares más seguros en previsión de un ataque por el centro. También se encontró con rondas que vigilaban las calles con la misión de ayudar a los vecinos en caso necesario, sofocar posibles incendios o evitar el pillaje. Las viviendas abandonadas por sus dueños, junto a tanto forastero en el puerto, no eran una combinación muy tranquilizadora. De nuevo se acercó a la playa para otear el horizonte, y le fue necesario forzarse mucho para alcanzar a ver algunos buques de la escuadra. Sólo pudo distinguir un par de ellos que supuso serían los más rezagados. El resto se había perdido en la lejanía.

Como la tarde comenzaba a declinar, andando rápidamente sobre las piedras y callaos de la marea se dirigió al barrio de El Cabo. Entró, por la calle de las Carnicerías, cruzó el barranco de Santos y siguió por el camino de La Laguna hasta la casa de seña Felisa. Las dos mujeres se encontraban sin novedad y, por la forzosa ausencia de Gaspar, Isabel no había tenido problema de espacio para instalarse.

—¿Tienes que volver al castillo? —quiso saber Isabel.

—Sí. Y antes de que oscurezca, por lo que ya casi debo marcharme.

—Pero si acabas de llegar —intervino seña Felisa—. ¿No dicen que se han ido los ingleses?

—Eso nadie lo sabe aún —contestó Juan—. En todo caso, aunque fuera cierto que no van a volver, seguro que la alarma durará todavía bastante tiempo.

—Y ¿la casa? —preguntó Isabel.

—Por allí he pasado y todo está en orden. No tienes por qué preocuparte. Hasta hay rondas vigilando las calles. ¿Te trajiste todo lo necesario? ¿Necesitas algo más?

—Bueno, si como dices esto va a durar y tú vas a continuar fuera, tal vez necesite traerme ropa y alguna otra cosa. Yo misma puedo ir.

—No será necesario. Si todo sigue en calma mañana trataré de venir más temprano y yo mismo lo haré. Si entretanto ocurriera alguna novedad, seña Felisa, ¿me enviará recado con alguien?

—Seguro, Juan —le tranquilizó la mujer—. Pero puedes estar tranquilo, hombre. Si lo que temes es que le llegue la hora a Isabel, creo que ese trance todavía tardará. De todas maneras, yo misma he atendido a más de una y, por si fuera poco, estamos cerca del hospital. No faltaría ayuda.

—Así es, Juan —confirmó Isabel tranquilizándole—. Yo estoy bien. Algo pesada y un poco asustada, pero bien.

Era casi de noche cuando Juan regresó al castillo.

La noche del 23 al 24

Se establecieron vigías en todos los puntos de la fortaleza que miraban al mar y, aunque la noche estaba en aparente calma, ahora que el enemigo se había alejado parecía flotar en el aire una mayor tensión y, en los rostros, incluso en los de los oficiales, se reflejaba un estado de ansiedad que no se había hecho patente hasta entonces. A crear esta atmósfera contribuía, sin duda, la orden de guardar silencio y de no prender más luces que las estrictamente imprescindibles, y siempre que no pudieran ser observadas desde el exterior. Reinaba, por tanto, una casi absoluta oscuridad en todo el recinto. Las susurrantes voces de la tropa y las órdenes en tono bajo y apremiante de los oficiales eran aquella noche superadas por el sonido de las

cercanas olas, que en circunstancias normales pasaba inadvertido.

Iban a ser largas, muy largas, las horas siguientes. Juan, contagiado del ambiente, y como otros muchos, maldijo la oscuridad que todo lo envolvía con un velo de incertidumbre y de tensa espera. Al fin, como nada podía hacer ni obligación alguna tenía que cumplir que le ayudara a acortar el tiempo, buscó un rincón en el almacén, cerca del cuerpo de guardia, para pasar la noche de la mejor forma posible. Se recostó sobre una pacas de paja dispuesto a dejar transcurrir las horas en espera de que el sueño le invadiera, dejando vagar la mente.

«¡Si no volvieran!», pensó. Después del fracaso del desembarco del día anterior, ¿por qué tenían que intentarlo de nuevo? La escuadra se había alejado tanto aquella tarde, hasta perderse de vista en la oscuridad del crepúsculo, que tal vez se había dirigido a Canaria. O, por el contrario, ¿quién podía saber si en aquel mismo instante no estaba de nuevo acercándose al puerto, protegidos los navíos por las sombras de la noche? Pero, no obstante... la prontitud con la que se había ocupado el risco de la Altura y se les había

cortado el paso hacia el interior por las montañas, ¿no habría bastado para demostrar a los invasores que la plaza estaba vigilante y preparada para rechazar un asalto?

Lo peor de todo era el estado de Isabel. Se sentía culpable por no haberse impuesto en su momento y no haberla obligado a marchar con su hermana. Ella, con su empecinamiento de no querer alejarse, y él, que se había tomado las cosas con más calma de la debida, pensando en lo más íntimo que la posibilidad de un ataque era mucho más remota de lo que se decía.

Calculó que llevaba allí más de dos horas y, a pesar de lo poco que había dormido la noche anterior, se encontraba totalmente desvelado. En la fortaleza, no obstante la oscuridad y lo avanzado de la hora, la actividad no había cesado. Desde la plataforma alta le llegaba el sonido de continuos pasos y el ruido del arrastre de pesadas cargas. En el contiguo cuerpo de guardia tampoco había parado la entrada y salida de personas. Hacía calor, y decidió salir al patio de la entrada a estirar las piernas. La noche era serena y la luz de las estrellas contorneaba el recinto, en el que se

notaba una ligera brisa que no llegaba a refrescar el aire. En torno a sus armas montadas en pabellón, grupos de soldados o milicianos sentados en el suelo dormitaban o hablaban en voz baja. Juan se acercó a uno de aquellos grupos en el que se encontraba Gaspar.

—Maestro Juan —le preguntó el muchacho al verle—, ¿sabe algo de las mujeres?

—Sí. He estado en tu casa esta misma tarde. Allí siguen las dos, algo asustadas pero sin novedad.

—Me preocupa que estén solas —comentó Gaspar como expresando en voz alta un pensamiento.

—A mí también me preocupa, pero ¿qué podemos hacer? Pienso que están mejor las dos juntas que cada una de ellas por su lado.

—Me he enterado —añadió Gaspar— que han enviado a la playa del barranco y a El Cabo al batallón de Infantería y las partidas de La Habana y Cuba, lo que me hace pensar que tal vez los jefes esperen un ataque por aquella parte. Dios quiera que no lleguen a encontrarse en el centro de una refriega...

Juan calló por unos instantes preocupado por lo que Gaspar le decía. Todo era posible y

no podía descartar que el muchacho tuviera razón, pero ¿qué podían hacer ellos?

—Es imposible saber lo que puede ocurrir, Gaspar. De todas formas... yo tengo la impresión de que si los ingleses vuelven a atacar tratarán de rendir antes que nada este castillo de San Cristóbal. Si lo lograran, la plaza estaría tomada. Esto me hace pensar que lo más fuerte de la lucha se daría por estos alrededores y no por el barranco ni por El Cabo.

La conversación había transcurrido en voz baja y un tanto aparte del grupo de soldados, y en este punto fue interrumpida por un sargento que, acercándose, se dirigió a Juan.

—¿No es vuestra merced maestro Juan el herrero?

—El mismo soy, señor sargento, ¿me conoce?

—Sólo de verle en el pueblo. Debo decirle que llevan buscándole un buen rato. Mejor será que pregunte en el cuerpo de guardia, pues parece que hace falta su trabajo en alguna parte.

—Gracias por avisarme —le dijo Juan.

Se despidió de Gaspar y fue directamente en busca del oficial al cuerpo de guardia.

—Coja sus herramientas —le informaron—, y preséntese al teniente Grandy, que está al

mando de la batería de Santo Domingo. Él le dirá lo que tiene que hacer.

Al teniente don Francisco Grandy lo conocía de vista. Era de las Milicias Provinciales de Artillería y tenía fama de buen militar, responsable y cumplidor, aunque de carácter severo.

Soltero, taciturno y solitario, era persona de pocas palabras y de aspecto no muy saludable. Lo que se dice un hombre gris. Sin embargo, en el pueblo se hablaba de su vasta cultura —era «muy leído», se decía—, lo que contrastaba con la idea que comúnmente se tenía de un militar, a quien generalmente se consideraba más afín a las ciencias y artes prácticas que a las letras. Su padre, don Anastasio Grandy, era un conocido mercader establecido en la población desde hacía muchos años, cuyo negocio consistía principalmente en el comercio de artículos de bronce y cristal, y que también solía traer libros. Esto hacía que su tienda fuera frecuentada por caballeros, tanto del mismo puerto como de la Ciudad, que allí acudían a conocer o adquirir las novedades literarias que don Anastasio recibía de España y de Europa. Su hijo don Francisco tenía así fácil acceso a las fuentes de

ilustración que aquellos libros representaban y concurría habitualmente a las pequeñas tertulias que en la tienda de su padre tenían lugar, de manera especial después de la llegada de los buques procedentes de Cádiz, Marsella o Génova.

Juan preguntó por el teniente a los soldados que guarnecían el acceso al baluarte, quienes le indicaron que se estaban realizando trabajos en el parapeto y que por allí le encontraría. Al llegar a la plataforma en la que se situaba la batería, lo primero que le sorprendió fue la gran actividad que allí continuaba a pesar de la oscuridad y de lo avanzado de la hora. Junto a los cañones, que apuntaban hacia el muelle y la bahía, se adivinaba el trajín de los artilleros que todo lo disponían ante la eventualidad de un ataque. Ya estaban dispuestos los proyectiles, la pólvora, las mechas, los atacadores, y ahora la tropa estaba acarreando gran número de cubos de agua que lo mismo podían servir para enfriar los cañones que para beber los hombres. A la izquierda de la plataforma, en la parte que caía justo sobre la entrada del muelle —el «boquete», como habitualmente se le llama-

ba—, un grupo de hombres estaba con sus herramientas derruyendo parte del parapeto. Junto a ellos, dirigiendo el trabajo, se encontraba el teniente Grandy.

—Señor teniente, ¿me necesita vuesa merced?

—¿Es usted el herrero? En buena hora llega, maestro. ¿Dónde se había metido?

—En el castillo he estado todo el tiempo. He venido tan pronto como me avisaron.

—Acompáñeme —le dijo secamente el teniente—. Necesito de su consejo y de su oficio. Veo que ha traído sus herramientas. Bien.

Se detuvo junto a un cañón que se encontraba desplazado hacia la derecha, como a unos seis pasos de donde estaban trabajando los hombres.

—He logrado licencia de Su Excelencia para abrir una nueva tronera en dirección a la playa de la Alameda, que está totalmente desguarnecida. Todas las piezas apuntan hacia la bahía y al frente —explicó el teniente—, pero la playa queda fuera del fuego de la artillería. ¿Ve esta pieza de a dieciséis? Es la que vamos a emplazar allí, pero por la altura del baluarte y la cercanía de la zona que pretendo cubrir

desde aquí, es preciso bajar el ángulo de tiro más de lo normal. De no hacerlo, sus disparos pasarían por encima y hasta es posible que batieran el fuerte de San Pedro, al otro extremo de la playa. ¿Se le ocurre alguna solución rápida para modificar la cureña?

Antes de contestar, Juan estudió la situación con detenimiento.

—Es un buen cañón —comentó—. Y la cureña es sólida y fuerte. Parece muy bien hecha.

—Sí que lo es —corroboró el teniente, y añadió—: Está fundido en Sevilla y lo llaman «Tigre».

Juan no pudo menos que sonreír, mientras decía:

—¡Qué ocurrencia! ¡Un tigre de bronce!

Con la ayuda del propio teniente bajó al máximo el ángulo de tiro, pero era evidente que sería preciso inclinar más aún la boca del cañón para que sus disparos tuvieran el efecto deseado.

—¿Qué clase de carga piensa emplear? —preguntó.

—Metralla. Sólo metralla. Será lo más efectivo en el caso de un desembarco, dada la cercanía del campo de tiro.

—Bueno. Creo que con bajar la boca cosa de una cuarta sería suficiente. Parte de esa altura podría ganarse dando a la tronera un pequeño desnivel hacia afuera, pero ello dificultaría el retroceso de la pieza para su recarga entre disparo y disparo.

—Ya he pensado en eso —dijo el teniente—. En el emplazamiento será muy poco, por no decir nada, lo que pueda ganarse. La solución tiene que estar en la cureña. Por eso le he llamado.

—Tiene razón, señor teniente. Mientras terminan de abrir la tronera iré al almacén de San Cristóbal. Algo encontraré que nos pueda servir para una solución rápida como la que desea vuesa merced.

Volvió al castillo y expuso al oficial de guardia lo que pretendía, logrando que un soldado, a pesar de la prohibición existente, le acompañara al almacén portando una luz. Rebuscando en un rincón atestado de materiales de desecho encontró el viejo eje de una pequeña pieza de campaña o de un carrillo para municiones, en cuyos extremos estaban dos pequeñas pero sólidas ruedas de hierro. Si lograba desmontar las ruedas delanteras de la

cureña del «Tigre» y sustituirlas por estas de menor diámetro, el problema estaría resuelto. Con su hallazgo al hombro volvió a Santo Domingo, donde la tronera ya estaba casi terminada y los hombres retiraban los escombros hacia un rincón para dejar despejado el nuevo emplazamiento. Pidió al teniente que le asignara un ayudante y puso manos a la obra. Mientras trabajaba inspeccionaron el lugar algunos jefes, entre los que vio al capitán Eduardo que acompañaba al castellano don José de Monteverde, personaje poderoso e influyente al que el teniente informó de la marcha del trabajo que se estaba realizando y del que ya parecía tener noticia.

A pesar de la oscuridad reinante, pues al aire libre sí que estaba totalmente vedado encender luz alguna, en poco más de una hora el trabajo estaba terminado y los soldados procedieron a emplazar la pieza en la nueva tronera.

—Ha hecho un buen trabajo, maestro —le dijo Grandy.

—Gracias, señor. Si ya no me necesita me iré a tratar de descansar un rato.

—Bien. Pero ya le habrán dicho que no debe salir del castillo y deje dicho en el cuerpo

de guardia dónde se encuentra en cada momento. Su trabajo puede volver a precisarse.

—¿Cree usted que los ingleses se habrán marchado?

—Pienso que no. Y ojalá me equivoque. Mi opinión es que no se marcharán tan fácilmente y que en cualquier momento podemos tenerlos aquí de nuevo.

Juan regresó al castillo y volvió a su intento de descabezar un sueño en el almacén cuando calculó que faltarían dos o tres horas para el amanecer. Volvió a pensar en Isabel. Él allí, poco menos que preso, y ella... ¿cómo estaría? Era de esperar que bien y sin novedad, se tranquilizó a sí mismo. De no ser así, seguro que seña Felisa hubiera encontrado la manera de enviarle recado. ¿Cuánto iba a durar aquella situación? Ocurriera lo que ocurriera deseaba con toda su alma que el desenlace fuera rápido. Al día siguiente trataría de volver al barrio de El Cabo.

Con estos pensamientos se quedó dormido y, cuando le despertaron las voces de los soldados en el vecino cuerpo de guardia, ya era de día y tuvo la certeza de que algo alarmante ocurría.

Día 24

Preguntó al primero que encontró:

—¿Qué pasa? ¿Han vuelto los ingleses?

—Sí, ahí enfrente les tenemos. Pero todavía están lejos.

Su primer impulso fue subir a la plataforma, pero inmediatamente pensó que allí estarían todos los jefes observando al enemigo, y no se equivocaba. Sin poder dominar la curiosidad y como no le ataba la disciplina a ningún puesto fijo, se encaminó al fuerte de Santo Domingo. Si alguien trataba de interceptarle el paso diría que iba a revisar el trabajo hecho la noche anterior. Pero nadie le detuvo. Allí daba la impresión de que nadie se había movido de su sitio. Aquel punto de observación sólo era mejorado por la mayor altura del castillo, cuya mole ocultaba la visión hacia la derecha,

pero todo el litoral de Anaga, desde Cueva Bermeja, Bufadero, Valleseco, Tahodio, Almeida, hasta la inmediata playa de la Alameda, se mostraba en amplio semicírculo a su izquierda, en el que se destacaban las grises siluetas de los fuertes de Paso Alto, San Miguel y el más cercano de San Pedro. Al frente, al mismo pie de la muralla del baluarte, el pequeño espigón del muelle, que remataba la batería del martillo en su extremo más avanzado, se asemejaba a un gran dedo, romo y negro, que señalaba hacia los barcos enemigos.

Allí estaban, todavía a considerable distancia, dando bordadas e intentando ganar el barlovento para aproximarse a la bahía. Eran tres grandes navíos, tres fragatas, un cúter y otra embarcación más pequeña que probablemente era una obusera. En total ocho buques que debían sumar más de trescientos cañones. Los estuvo observando durante un buen rato y era evidente que trataban de enfilar hacia la plaza. Los soldados que ocupaban la batería, agrupados en torno a las piezas, hacían comentarios sobre la escuadra y calculaban el tiempo que tardaría en ponerse a tiro. Uno de ellos, decía:

—Con el tiempo contrario que tienen, todavía tardarán bastante. Podrán estar aquí a primeras horas de la tarde, siempre que no cambie el viento.

Juan iba a decir algo, cuando una voz sonó a sus espaldas:

—Maestro Juan, usted no debería estar aquí arriba.

Era el teniente Grandy, quien añadió:

—En la plataforma sólo quiero ver a los servidores de las piezas y al personal auxiliar imprescindible. Debe mantenerse abajo y a cubierto, que ya se le avisará si se le necesita.

—Perdóneme vuesa merced, señor teniente. Mi intención era ver a la luz del día si el trabajo de anoche había sido de su satisfacción, pero la verdad es que ha podido más la curiosidad.

—Bien —dijo Grandy en tono más amigable—. Ya que está aquí le diré que sí y que pienso que acertó en su trabajo. De todas formas, puede acercarse a verlo por sí mismo.

El cañón situado en la nueva tronera apuntaba hacia la inmediata playa de la Alameda, de tal forma que su línea de tiro debía pasar sobre el «boquete» y barrer con su metralla una amplia zona, justo donde morían

las olas. La apariencia de aquella pieza, vista ahora de cerca, era extraña y un tanto ridícula después del trabajo realizado por el herrero. En comparación con los otros cañones de la batería éste aparecía con la boca baja y la parte de atrás levantada, precisamente lo contrario a lo que era normal. A Juan le recordó un felino agazapado, a punto de saltar sobre su presa. «Un tigre», pensó. Ahora sí que le venía bien el nombre.

En aquel momento se produjo un revuelo entre los que allí se encontraban, que daban voces de aviso señalando hacia Anaga. En aquella dirección, tras las montañas del extremo norte de la isla, un nuevo navío de gran porte hacía su aparición y trataba de aproximarse a la escuadra, lo que logró al poco tiempo. Ahora eran nueve los que la componían, y su fuerza se veía así aumentada en no menos de cincuenta bocas de fuego.

—¡Dios nos ampare! —exclamó un miliciano con claras muestras de nerviosismo.

—Nos amparará —le replicó tajantemente el teniente Grandy. Y, alzando un tanto la voz para que todos pudieran oírle, añadió:

—Que nadie lo dude. Estamos preparados para repeler el ataque y con la ayuda de Dios lo lograremos. Nos asiste la razón, porque nuestra intención es defender nuestras vidas y las de los nuestros y salvaguardar nuestras haciendas. No puede haber ni una sola indecisión cuando se trata de defender a la Nación y al Rey nuestro señor. Muchos de vosotros me conocéis y sabéis que jamás os he engañado, por lo que quiero pensar que cuento con vuestra confianza. Pero esa misma confianza, multiplicada por mil, es la que yo tengo en vosotros, porque sé, estoy seguro, que todos, cada uno, sabrá cumplir con su deber cuando llegue el momento. Es todo lo que os pido —concluyó.

La pequeña arenga, pronunciada con entonación firme y sentida, había causado el efecto deseado entre los hombres, que habían seguido en tensión las palabras del teniente Grandy. Los comentarios alarmantes y nerviosos cesaron entre los artilleros, que parecieron ganar seguridad en sí mismos.

A Juan le pareció, incluso, que la figura gris y poco gallarda del teniente se había estilizado y agrandado mientras hablaba. No sabía

bien cuál podía ser la razón, pero a pesar de su hosca presencia y la evidente sequedad de su carácter, comenzaba a caerle bien el teniente Grandy.

—Señor teniente —le dijo—, si en algo puedo serle útil, puede contar conmigo. No estoy acostumbrado a permanecer ocioso y me desespero por tener que estar con los brazos cruzados.

—Gracias, maestro. No dude que, si es necesario, requeriré su ayuda. Cuando empiece la «función» todos los brazos me temo que serán pocos. En realidad, me faltan hombres para cubrir el correcto servicio de la batería, hasta el punto de que, probablemente, yo mismo tendré que actuar como un artillero más. Ahora, mejor será que baje y espere los acontecimientos. Por el momento, no puede hacerse otra cosa.

A última hora de la tarde la escuadra alcanzó la misma posición en que se había situado dos días antes, al abrigo de la cordillera de Anaga y en el centro de la rada de Santa Cruz, donde había largado anclas. Desde tierra se observaba cómo los buques principales se intercambiaban señales y que algunas lanchas

se dirigían al navío insignia, el «Theseo», seguramente a recabar instrucciones y concretar el plan del ataque.

Con las últimas luces del día se vio cómo una de las fragatas y la obusera se acercaban a tierra, frente al castillo de Paso Alto, igual que lo hicieran en el primer ataque. Aunque resultara extraño, todo parecía indicar que los ingleses pretendían repetir el asalto por el mismo lugar que lo habían hecho la primera vez.

Poco después, la obusera, acercándose aún más a la costa, abrió fuego contra el fuerte de Paso Alto y la Altura que domina sus espaldas —que continuaba ocupada por hombres del Batallón, rozadores y algunos artilleros—, fuego al que inmediatamente respondió el fuerte con el de sus baterías. El intercambio de disparos se prolongó durante bastante tiempo y continuó hasta después de anochecido.

En el castillo principal de San Cristóbal, se notaba la tensión en el ambiente. Sólo Paso Alto podía responder al bombardeo a que estaba sometido, mientras que el resto de las fortalezas y baterías que guarnecían la plaza tenían forzosamente que contentarse con ser

meros espectadores de aquella acción. Los oficiales iban de un lado a otro impartiendo órdenes y dando las últimas instrucciones, al haberse corrido la voz por todo el recinto del castillo de que aquel bombardeo era sólo una maniobra de distracción y que el ataque sería por el centro de la línea defensiva. En realidad, este rumor tenía por base los comentarios hechos por algunos jefes en el sentido de que el general no se fiaba de las apariencias y había dado expresas órdenes para que todo el mundo permaneciera alerta y en su puesto, como si el asalto del enemigo fuera inminente.

Los artilleros permanecían junto a sus piezas, como si se tratara de una revista, mientras que sus jefes escudriñaban la oscuridad, que ya era total, intentando adivinar los movimientos de la escuadra y las intenciones últimas que animaban al enemigo. Como la noche anterior, los hombres hablaban en voz baja y cuando, de pronto, cesaron los disparos de los cañones en la zona de Paso Alto, la tensión reinante aumentó y hubo unos minutos durante los que el silencio fue absoluto.

Después de buscar a Gaspar durante más de una hora, Juan desistió de intentar encon-

trarle. No le vio en las dependencias del castillo a las que podía tener acceso, ni en el patio de la entrada, de lo que dedujo que estaría asignado a una de las baterías de la plataforma superior. De todas formas, estaba casi seguro de que el muchacho no habría tenido ocasión de salir y de ver a su madre, por lo que al igual que la noche anterior, tendría que contentarse con confiar en que las mujeres, especialmente Isabel, se encontraran bien.

Entre la tropa concentrada en el patio el ambiente era algo más relajado. Aquellos hombres, vestidos y equipados de las formas más diversas —algunos no disponían de más armas que un garrote—, constituían una especie de fuerza de choque que, en caso necesario, acudiría allí donde hiciera más falta, en defensa del propio castillo o del inmediato muelle. Juan deambuló entre los grupos, observándoles y pensando que, si los acontecimientos no tomaban un giro inesperado, para muchos de ellos las horas siguientes podrían marcar sus vidas de forma decisiva o suponer, para algunos, un fatal desenlace.

La obligada espera la entretenían en muy diversas formas, pero parecía ser de general

aceptación una especie de juego dialéctico consistente en tratar de adivinar el número de soldados atacantes que la escuadra podría desembarcar. Se oían cifras para todos los gustos, desde quinientos hasta diez mil hombres. No faltaba, pensó Juan, sino que se cruzaran apuestas. Al vuelo le llegó una conversación que llamó su atención.

—Y, ¿cómo sabes tú que no es un hereje? Todos ellos lo son —decía un soldado veterano.

—No, todos no. Este no lo es. Lleva al cuello una cadena con una cruz —le contestaba un joven miliciano.

—Dicen que se echó al mar desde una de las fragatas y que ganó la playa a nado —intervino otro—. Le cogieron al atardecer por Valleseco.

Pero el veterano volvía a la carga, insistiendo:

—Es imposible. Si es inglés, tiene que ser hereje —sentenció con absoluto convencimiento.

—Puede que no —volvió a hablar el más joven—. Aquello son islas, como aquí, y en unas pueden tener sus modos y costumbres diferentes a las otras.

Juan sacó la conclusión de que hablaban de un desertor inglés que habían cogido a prime-

ras horas de la noche, posiblemente algún marinero. No pudo menos que intervenir.

—Y, ¿dónde le tienen ahora?

El muchacho le miró con curiosidad antes de contestar:

—Le trajeron aquí, al castillo. He oído decir que le están interrogando.

—¿Qué harán con él? —intervino otro.

—Nada. ¿Qué van a hacerle? Si es desertor, hasta puede que se quede a vivir aquí.

—¡Lo que nos faltaba! —rezongó el veterano entre las sonrisas de sus compañeros—. ¡Un hereje más entre nosotros!

Sin duda se refería al amplio número de extranjeros radicados en la isla, a los que, por lo que se deducía de sus palabras, el viejo soldado medía por un único rasero. Juan encontró curiosa esta manera de pensar. La mayor parte de la colonia extranjera establecida en el puerto, con contadas excepciones, estaba plenamente integrada en el pueblo y en su sociedad. Al menos eso le parecía a él, y nunca se le había ocurrido considerar herejes a sus componentes, a pesar de que, como era natural, no todos eran católicos.

Juan sabía que a todos los habitantes del puerto les esperaba una noche más de vigilia. Pasaba el tiempo y, una vez cesado el primer cañoneo de la obusera con Paso Alto, la noche volvía a ser silenciosa. Un silencio lleno de incertidumbre, en el que la forzosa espera de los defensores no estaba exenta de nerviosa ansiedad, que se reflejaba en las conversaciones y actitudes de los hombres, por mucho que trataran de disimularlo.

La noche del 24 al 25

Al herrero se le hacía la situación insoportable. Al cabo del tiempo, cansado de dar vueltas de un lado a otro, empezó a sentir en su interior una especie de incontrolada rebeldía por lo que estaba ocurriendo, y germinaba en él la idea de que, a pesar de lo avanzado de la noche, nada le impedía salir de San Cristóbal para acercarse a casa de seña Felisa. Si se daba prisa, antes de una hora podría estar de regreso y era casi seguro que nadie le echaría de menos.

Sin pensar en las consecuencias que su acto podía acarrearle, ya estaba decidido a realizar la escapada, contraviniendo las instrucciones recibidas tanto del capitán Eduardo como del teniente Grandy, cuando se encontró con

un miliciano cuyo grupo venía de las playas de Valleseco. Por él supo que, una vez cesado el inútil cañoneo a Paso Alto en el que los defensores no habían sufrido baja alguna, la obusera se había retirado hasta quedar fuera de tiro de las baterías de tierra, pero que no se observaba en el resto de la escuadra movimiento que hiciera presagiar un asalto por aquellos parajes. Más bien al contrario, por lo que podía adivinarse en la oscuridad, parecía que los navíos estaban disponiéndose en línea frente a la plaza, desde allí hasta el centro del pueblo.

Esta noticia, si era cierta, confirmaba que el asalto podía ser inminente y que tendría lugar de manera frontal. En aquel momento vio que el coronel Estranio, jefe de la Artillería, marchaba con un ayudante en dirección al muelle, probablemente a inspeccionar aquellas posiciones y la batería de su martillo. Todo esto le hizo desistir de su salida.

Al poco rato marchó en la misma dirección el propio comandante general don Antonio Gutiérrez, rodeado de un pequeño séquito, al que acompañó hasta el rastrillo exterior el capitán Eduardo. A Juan le picó la curiosidad y quiso saber el motivo de aquella salida a hora

tan intempestiva, por lo que se hizo el encontradizo con el capitán cuando éste regresaba al interior de la fortaleza.

—Buenas noches, don Antonio.

—Buenas las tenga, maestro. Ya me informó el teniente Grandy de su trabajo en el baluarte de Santo Domingo.

—¿Qué ocurre, don Antonio? He visto salir a Su Excelencia y me ha extrañado que lo hiciera en esta hora.

—No pasa nada. El general, que ha querido inspeccionar personalmente las posiciones del muelle y la Alameda. Eso es todo.

—¿Piensa vuesa merced que nos atacarán esta noche?

—Es imposible saberlo —contestó el militar—. Pero hay mucho silencio en la escuadra y con esta oscuridad no se sabe lo que puedan estar tramando. ¿Cómo sigue su mujer?

—Supongo que bien. La verdad es que no he podido verla en todo el día. Tengo la sensación de estar preso en el castillo.

—Todos lo estamos en estos momentos. Yo tampoco sé nada de los míos desde hace días —dijo el capitán. Y añadió—: No debemos desesperar. Lo que está en juego repre-

senta mucho más que los intereses de cualquiera de nosotros.

Mientras el capitán Eduardo desaparecía hacia el interior del castillo, Juan buscó un rincón del patio donde sentarse. En medio de la oscuridad, las últimas palabras del militar continuaron resonando en su mente mientras que su espíritu se rebelaba contra lo que él creía que podían significar. No, no y mil veces no, se repetía. Lo que estaba en juego era la seguridad de las familias, de las haciendas, del trabajo de cada uno. A él que no le hablaran de grandes cosas, de grandes ideales, ni de historias que no entendía ni le importaban. Cuando aquella tarde, en la plataforma de Santo Domingo, escuchó las palabras del teniente Grandy, era cierto que algo se había movido en su interior, y que las había encontrado justas y oportunas. Pero ahora pensaba que había sido más por el tono empleado que por lo que para él significaban. Al recordarlas después de las horas transcurridas, seguía admirando la entereza que pareció demostrar el teniente y el efecto que había causado en sus hombres, pero nada más. Naturalmente que sabía que existían un Rey y una

Nación. Pero al primero sólo se le invocaba para servirle, hacer levas o recaudar impuestos, y se lo imaginaba como algo muy lejano y difuso. En cuanto a la segunda, jamás nadie le había hablado de ella y sólo entendía de su trabajo, su pesca, su mujer, su casa y, ahora, de la ilusión de un hijo. ¿Sería todo esto lo que sostenía a los hombres en las situaciones extremas? Podía ser... Pero también había visto a otros huir hacia La Laguna en los días precedentes. ¿Era eso cobardía o simple prudencia? ¿Qué hubiera hecho él de haber podido tomar una determinación libremente? No lo sabía... Tendría que verse en idéntica situación que los otros para saberlo. De todas formas, él era un hombre pacífico, incapaz de buscar enfrentamientos, pero que no viniera nadie a quitarle lo suyo, lo poco que tenía, pues era capaz, entonces, de hacerle frente a cualquiera. Todavía sentía resquemor y rabia por lo del robo del pescado... ¡Si hubiera podido cogerle se iba a enterar el ladrón de quién era Juan el herrero!

Sentado en el suelo con las piernas dobladas, la espalda contra el muro, los antebrazos descansando sobre las rodillas, el cansancio y la falta de sueño le fueron venciendo hasta

quedar dormido. No supo el tiempo que permaneció así. Cuando sonó el primer cañonazo y se despertó sobresaltado, tuvo la sensación de que habían transcurrido horas, pero los mismos acontecimientos le demostraron que sólo habían pasado pocos minutos.

De inmediato, el castillo se estremeció en una vibrante actividad y todo eran carreras, voces, órdenes. La fragata de la Compañía de Filipinas, fondeada en la bahía, fue la primera que dio la alarma al percatarse los componentes del retén de guardia que la ocupaba de que un enjambre de lanchas repletas de enemigos se dirigían, bogando en el más absoluto silencio y con los remos forrados con lonas y trapos, hacia el mismo muelle de Santa Cruz.

Al oírse la alarma, todos los fuertes y baterías de la línea, desde Paso Alto hasta la batería de San Telmo, abrieron un fuego vivísimo y continuado. Hubo unos momentos de desconcierto entre la tropa que llenaba el patio, pero rápidamente sus oficiales y sargentos pusieron orden y formaron a las unidades, que quedaron dispuestas para acudir allí donde fuera preciso.

En medio del estruendo y del resplandor de los fogonazos, las órdenes que se daban a gritos y el aire que se había cargado de humo y olor a pólvora, Juan, a quien nadie hacía caso, fue incapaz de dominar la curiosidad que sentía. Sin pensarlo dos veces cruzó el patio y subió a la plataforma, situándose en el lado norte, en la parte que daba sobre el baluarte de Santo Domingo. Era aquel un ángulo muerto en el que, por no haber allí emplazada artillería ni ser lugar de paso, quedaba a trasmano y como olvidado por cuantos ocupaban el recinto.

El espectáculo que desde allí se le ofrecía era sobrecogedor. Un cúter se acercaba al muelle precedido y rodeado por una multitud de lanchas de desembarco cargadas de hombres, armas y pertrechos, mientras que toda la artillería de la plaza disparaba continuamente intentando repeler o, al menos, frenar el asalto.

El silencio que hasta unos instantes antes había observado el enemigo fue roto en cuanto comenzó a ser alcanzado por las descargas de las baterías y castillos, y se podía escuchar su griterío entre el retumbar de los cañonazos, al mismo tiempo que desde los navíos y desde las propias lanchas, contesta-

ba con todas las armas a su alcance al fuego que le hacía la plaza.

La primera oleada de lanchas ya estaba bajo el radio de acción de los disparos, y al resplandor de los fogonazos se veían cuerpos que caían al mar en trágicos saltos. Algunas lanchas, alcanzadas por impactos directos y por la metralla, zozobraban arrastrando consigo su carga humana a las profundidades. Al comienzo del asalto todo parecía indicar que el ataque se dirigía directamente al muelle y al castillo de San Cristóbal, pero en la confusión creada por el activo y acertado fuego de la artillería y a impulso de las corrientes, la formación enemiga comenzó a dispersarse y muchas lanchas derivaron a la derecha del muelle, hacia el sector sur de la plaza. No obstante, algunas lograron acercarse peligrosamente a las escaleras del desembarcadero, después de haber eludido el fuego de las baterías. Otras, no acertando en la oscuridad con este acceso a tierra, el mismo oleaje hizo que continuaran a lo largo del espigón en dirección a la playa de la izquierda, frente a la Alameda.

Una vez superados los primeros instantes de desconcierto producidos por el inopinado

ataque, pareció que los defensores lograban organizarse. Tanto en el castillo como en Santo Domingo, los tramos del parapeto que quedaban libres entre las piezas de artillería estaban ocupados por tropa que hacía un nutrido fuego de fusilería sobre las lanchas más próximas, mientras que grupos de hombres, de los que hasta entonces habían permanecido concentrados en el patio, se dirigían a todo correr al muelle para reforzar la defensa en las escaleras del desembarcadero.

Con el ánimo sobrecogido por la tremenda escena que se desarrollaba ante sus ojos, Juan continuaba como petrificado observándolo todo, sin reparar en lo expuesto que estaba en aquella posición a recibir algún impacto de bala. Lo que estaba presenciando le resultaba tan increíble que nada ni nadie le hubiera separado de aquel lugar. El escenario que se extendía ante él quedaba iluminado casi continuamente por los fogonazos de las armas, mientras que, por el contrario, se daban momentos en que el humo de las descargas velaba la visión en algunos puntos. Entre estos celajes de claroscuro, le pareció que se luchaba cuerpo a cuerpo en el

mismo muelle, cerca de las escaleras, y en la batería del martillo.

Entonces percibió que se formaba un revuelo junto al «boquete» de la entrada, donde se oyeron voces de «¡paso a Su Excelencia!», mientras que un pequeño grupo de personas se arremolinaba en torno al general. Por lo visto, don Antonio Gutiérrez se había visto sorprendido por el ataque durante su visita de inspección a las posiciones avanzadas del muelle, y trataban ahora de conducirle a salvo al castillo. Pero en aquellos instantes la atención de Juan fue reclamada por otros acontecimientos que, a su izquierda, también culminaban en trágica acción. Varias lanchas enemigas habían alcanzado la playa hasta varar en sus arenas. Desde la Alameda y las casas próximas, así como desde el contiguo fuerte de Santo Domingo, se les trataba de repeler con una densa cortina de fuego. Los atacantes intentaban desembarcar, y el herrero vio con satisfacción cómo el cañón emplazado la noche anterior en la nueva tronera entraba en acción con enorme eficacia, disparado por el propio teniente Grandy, a quien ayudaban sólo un par de hombres.

Una de aquellas lanchas, en la que destellaba el reflejo de los sables y entorchados de un grupo de oficiales británicos, fue alcanzada de lleno por la metralla de aquel «Tigre», que estaba haciendo honor a la agresividad de su nombre por la continuidad y eficacia de sus descargas. La confusión que se creó no sólo entre los ocupantes de la lancha enemiga, sino también entre los tripulantes de otras que la rodeaban, fue indescriptible. Varios cuerpos quedaron tendidos sobre la arena, mientras que otros se desplomaron dentro de las mismas embarcaciones que los habían transportado hasta allí, algunas de las cuales quedaron destrozadas por el fuego recibido. Los atacantes, en medio de un gran desconcierto, volvieron a poner a flote la primera lancha, mientras que otros, al ver las suyas destrozadas, intentaban reembarcar apoderándose de dos barquitas de pesca que por allí estaban varadas. Pero al hacerlo a cuerpo descubierto fueron más los que cayeron alcanzados por los disparos de los defensores que los que lograron su propósito. Para Juan era evidente que alguien de suma importancia debía ir en aquella primera lancha, cuan-

do tantos hombres se jugaron la vida para volver a ponerla a flote y cubrir su retirada. Al fin, renunciando a su intento, también el resto de las embarcaciones trataba de regresar a sus navíos, para lo que, remando desesperadamente junto a la obra del muelle, intentaban escapar al fuego de las baterías.

Ante la avalancha de acontecimientos, contagiado por el ambiente de lucha que le rodeaba, no pudo resistir más la forzosa inactividad. Sin pensarlo demasiado abandonó su privilegiado punto de observación, y corrió al baluarte de Santo Domingo con la intención de ponerse a disposición del teniente Grandy. Cuando allí llegó el cañón que tan certeramente había barrido la playa de enemigos estaba ya inactivo, y el teniente se encontraba en la parte más avanzada del parapeto, desde donde dirigía el fuego sobre las lanchas que se retiraban.

Pero entonces ocurrió algo que, aunque sumamente favorable para los defensores de la plaza, dejó paralizados a muchos de ellos. El cúter que tras las lanchas de desembarco trataba también de acercarse a tierra cargado de hombres y bastimentos, y que había sufrido ya varios impactos en su obra muerta, resultó al-

canzado en aquel instante bajo la línea de flotación. Rápidamente comenzó a hundirse en medio de la bahía y, por encima de los gritos de alborozo de los artilleros que sobre aquel blanco de mayor tamaño habían concentrado sus disparos, se impuso el desesperado clamor de angustia y de terror de los hombres que transportaba el barco. La escena era en verdad dantesca. Iluminada por los incendios, la nave escoró a estribor de forma ostensible. Luego, alzando la proa, comenzó a hundir la popa en el mar, rápidamente, en veloz agonía. En su cubierta se apelotonaban los hombres que, empujándose desesperadamente, trataban de ganar las amuras para saltar al agua. Pero no fueron muchos los que lo lograron. Con un terrible crujido y entre un enorme remolino de las olas, en pocos segundos, trescientos o cuatrocientos hombres —nunca se sabría exactamente—, fueron arrastrados al abismo.

Entretanto, en el muelle, el enemigo había sido también desalojado y había muchos muertos y heridos. Al poco rato comenzaron a llegar al castillo grupos de prisioneros conducidos por algunos oficiales y soldados. Casi había cesa-

do el fuego de las baterías más alejadas, pero en el sector central de la línea, y en el mismo muelle, continuaba el intercambio de disparos de fusil y mosquetería con grupos de enemigos que habían quedado aislados después del frustrado ataque.

Fascinado por los trágicos acontecimientos, Juan había perdido la noción del tiempo. Los nervios, la falta de sueño acumulada, el cansancio, todo junto, se le vino encima de golpe y desistió de ir al encuentro del teniente Grandy. Lo más probable era que le recriminara su permanencia en aquel lugar durante el ataque, por lo que decidió volver al patio del castillo. Era posible que allí pudiera enterarse de cómo iban las cosas en otros lugares del pueblo, especialmente en el barrio de El Cabo. Calculó que serían cerca de las cuatro de la madrugada.

Unas dos horas antes, cuando en el barrio de El Cabo se habían oído los primeros disparos, tanto Felisa como Isabel se despertaron sobresaltadas.

—¡Dios mío! ¡Ahí están de nuevo! —exclamó la mujer del herrero.

—Sí, deben ser ellos otra vez —corroboró Felisa—. Y los cañonazos suenan más cerca que nunca. ¿Por dónde estarán atacando ahora?

Se vistió rápidamente, y añadió:

—Sigue acostada, Isabel, y espérame aquí. Yo voy a salir a la calle a enterarme de lo que ocurre.

—¡No me deje sola, Felisa! ¡Tengo miedo! —casi gritó Isabel, que no podía dominar sus nervios.

La pescadora se acercó al lecho, tratando de calmarla.

—No te preocupes. No te va a ocurrir nada —le decía mientras la arropaba como si se tratara de una niña—. Ya oigo gente en la calle. Sólo saldré a la puerta a preguntar a alguien qué es lo que está pasando. No tardaré mucho.

Isabel no quedó muy convencida, nerviosa y asustada como estaba. Además de los cañones, hacia la playa del barranco comenzaron a escucharse descargas de fusilería, lo que indicaba que por allí también se estaba luchando. Tal vez los ingleses habían desembarcado por la desembocadura del barranco de Santos. «¡Señor!», se decía, «¿Qué será de Juan? ¡Que no le ocurra nada, Señor!»

Seña Felisa tardaba en volver y ella era incapaz de dominar su angustia. Presa de un extraño temblor, apartó las ropas y se incorporó; comenzó a vestirse. Pensó que sería lo más prudente por si tenían que salir de improviso. Y no estaba equivocada.

Cuando Felisa regresó, Isabel observó que la calma de que anteriormente había hecho gala la vendedora de pescado, había desaparecido. Ahora la preocupación se reflejaba en su rostro, pero también una decidida actitud.

—Todas las baterías están disparando, incluso la de San Telmo. Por eso se oyen tan cerca los cañonazos. Parece que algunos ingleses han desembarcado por las carnicerías y por el barranco. La partida de La Habana y el Batallón están tratando de detenerles allí, pero dicen que son muchos... Más de quinientos.

—¡Dios mío! ¿Qué va a ser de nosotras? ¿Qué podemos hacer, Felisa?

Fuera se escuchaban gritos y carreras. Todo el mundo se echaba a la calle y seña Felisa se asomó de nuevo a la puerta.

—¿Qué pasa ahora? ¿Vienen hacia aquí? —preguntó.

—No —le contestó una voz desde la calle—. Pero parece que los nuestros han tenido que retirarse y los ingleses han entrado por el barranquillo en varios grupos. Unos se dirigen a la parte alta de la plaza de la Pila y otros hacia el convento de Santo Domingo.

—Entonces —quiso saber la mujer—, ¿podemos quedar aislados a este lado si nos cortan el paso hacia el centro?

—Sí, bien podría suceder así. Aunque ahora el paso por las carnicerías y La Caleta ha quedado despejado al internarse el enemigo en el pueblo.

Felisa agradeció la información al vecino y volvió junto a Isabel. No cabía duda de que era una mujer de ánimo fuerte y decidido.

—Veo que has terminado de vestirte, y me parece bien —le dijo—. Mira, ya has escuchado cuál es nuestra situación y cómo están las cosas en el pueblo. Para mayor angustia, nada sabemos de tu marido ni de mi hijo. Pero no debemos perder la calma, Isabel. Aunque... ¡te veo muy pálida!

—No me encuentro nada bien. Estoy mareada...

—Pues anímate. No queda más remedio... Te prepararé una tisana mientras terminas de arreglar tus cosas.

Al poco rato volvió con una taza humeante en sus manos, que ofreció a Isabel.

—Creo que lo mejor que podemos hacer, ahora que dicen que el camino por abajo está despejado, es ir a tu casa. Si desembarcan más ingleses por el barranco podemos quedar aisladas aquí y, si toman el pueblo, lo mismo dará un lugar que otro. Allí, al menos, estaremos más cerca de nuestros hombres. ¿Crees que podrás caminar hasta allí?

—Creo que sí, Felisa. Al menos tengo que intentarlo. Y... gracias. No sé qué hubiera sido de mí sin su compañía y ayuda. ¡Tengo tanto miedo por lo que llevo dentro!

—Bueno, no es momento de lloriqueos —dijo la otra con firmeza y tratando de infundirle ánimos—. Ya verás como todo sale bien.

Felisa, con una cesta en la que metió las pocas provisiones de que disponían, e Isabel, con el hatillo de su ropa, emprendieron el camino. No iban solas. Algunas gentes del barrio y de Los Llanos seguían el mismo camino hacia el centro del pueblo. Casi todo el grupo

era de mujeres; los varones eran o demasiado jóvenes o demasiado mayores para luchar, no obstante lo cual, algunos de estos últimos llevaban en sus manos garrotes y azadas a falta de mejores armas. En conjunto, no pasaban de la docena. Ya estaba amaneciendo y, una vez habituada la vista a la tenue claridad, se podía andar sin demasiadas dificultades a pesar de las irregularidades que en algunos tramos presentaba la calzada.

El grupo estaba cruzando el barranco de Santos, cuando unos chicos llegaron corriendo desde la parte del mar.

—¡Ingleses! —decían en voz baja y asustada—. ¡Hay ingleses allá abajo!

—¿Dónde? —preguntó Felisa.

—En la playa. Están cuidando las barcas en que han llegado todos —aclaró el mayor de los muchachos.

—¿Cuántos son? ¿Los habéis visto?

—Sí, son dos —volvió a decir el chiquillo—. Estoy seguro.

La mujer no lo dudó un solo instante.

—¡Vamos allá! —exclamó decidida, dirigiéndose a los demás y alzándose como espontánea cabecilla del grupo—. Debemos

cogerles y destruir las lanchas para que no puedan volver a ser utilizadas. ¡Vamos! ¡Vamos todos!

De pronto, Felisa se detuvo y miró a Isabel, indecisa.

—Tú sigue, Isabel —le dijo con firmeza—. Lleva la cesta, que es poco peso y no te cansará. Ya estás cerca de tu casa. Ve y espérame allí.

Y, antes de que pudiera replicarle, corrió hacia la inmediata playa seguida de los demás. Los que no disponían de palos iban recogiendo piedras del suelo mientras andaban. Isabel quedó asombrada por la decidida actitud de Felisa. «¡Qué mujer!», pensó. Por unos instantes estuvo a punto de suplicar que no la dejaran sola, pero inmediatamente se arrepintió de tal idea, ante la valiente actitud que había demostrado su amiga. Sólo una mujer vieja y andrajosa, se había quedado junto a ella. Miró a Isabel unos instantes en silencio y comenzó a andar en dirección a la calle de La Caleta. Se oían disparos hacia la parte alta del pueblo, probablemente por los alrededores del convento de Santo Domingo tal como habían dicho antes. La vieja se alejaba con paso trabajoso,

por lo que Isabel, ante el temor de quedarse sola junto al barranco, la siguió a distancia, aliviada al comprobar que la mujer seguía su mismo camino. Ya era casi de día cuando estaba llegando a su casa y, al enfilar la calle, le extrañó no ver a la vieja. «¿Dónde se habrá metido?», pensó.

Iba a coger de nuevo la cesta, que había soltado en el suelo para mejor abrir la puerta, cuando sintió que la empujaban violentamente por la espalda y cayó de bruces hacia dentro. Apenas tuvo reflejos suficientes para tratar de protegerse el vientre con las manos. La cesta desapareció entre un revuelo de harapos que se alejaron velozmente y, si Isabel hubiera podido mirar, habría visto que la que le había parecido vieja y achacosa, desaparecía a la carrera con su botín en una mano, mientras que con la otra se recogía las faldas para mejor huir.

El dolor fue insoportable. Su cabeza había chocado contra el suelo y sangraba por la frente, pero no era esta herida la que le hacía gritar de dolor. Llorando de rabia y aturdida por el golpe, trató de incorporarse.

¡Señor, el niño...! —exclamó—. ¡Mi hijo!

Casi a rastras llegó al dormitorio y a duras penas logró alzarse hasta el lecho, donde quedó desmadejada, sujetándose el vientre con las manos y gimiendo de dolor.

—¡Dios mío! ¡Ayúdame! —gritó.

En aquel momento volvieron a sonar los cañones de las defensas de la plaza. El enemigo volvía al asalto.

Amanecer del 25

Entre la tropa que se encontraba en el patio del castillo la situación se presentaba confusa y contradictoria. Mientras que, al haberse evitado el asalto, algunos consideraban lo ocurrido como una victoria, otros, los más, desconfiaban del posible éxito alcanzado y más bien pensaban que el desembarco, y por tanto el ataque enemigo, no había hecho más que empezar. Por otra parte, se sabía, aunque no se conocían detalles, que grupos de ingleses habían logrado desembarcar por varios puntos al sur del muelle, pero no se tenían noticias ni de su número ni de sus intenciones, así como tampoco de las fuerzas propias que defendían aquella zona.

Un artillero, sucio y con el rostro ennegrecido por la pólvora y el humo, interceptó el paso a Juan.

—Maestro Juan, ¿dónde ha estado?

Al herrero le costó trabajo reconocer el rostro de Gaspar bajo aquella especie de máscara negra, en la que lo blanco de los ojos resaltaba en la oscuridad.

—¡Gaspar! ¿Eres tú? ¿Cómo estás, muchacho?

—Bien, bien. Me han tenido arriba, sirviendo una de las piezas que dan directamente sobre el muelle. Ahora ha subido otro grupo a relevarnos y nos han dado una hora de descanso. ¿Y usted?

—Vengo de Santo Domingo. Desde allí, y desde aquí arriba, lo he visto todo. ¡Todo!

—Ha sido terrible, ¿verdad? Pensé que no podríamos forzarles a retirarse del muelle y hasta creo que llegaron a ocupar la batería del martillo. La verdad es que en mi vida he pasado tanto miedo —concluyó el muchacho sin poder contener una risa nerviosa y todavía presa de las emociones vividas.

—Sí, sí. ¡Dios mío! ¡Qué noche! Pero, ¡escucha!, todavía se oyen disparos en el pueblo. ¿Qué podrá ser?

—Dicen que hay grupos de ingleses sueltos. Muchas lanchas han volcado o llegaron a

tierra por el lado de la escollera y por La Caleta —dijo Gaspar.

Al patio iban siendo conducidos algunos prisioneros, sueltos o en grupos, que eran internados en los sótanos del castillo. También llegaban heridos, tanto de los defensores como del enemigo, algunos en situación lamentable, lo que hablaba bien a las claras de la dureza de la lucha en el muelle y sus alrededores.

En tanto que observaban aquellas escenas en silencio, se continuaba escuchando disparos en otros sectores del pueblo, aunque resultaba imposible determinar su procedencia exacta.

—¿Los oye, maestro? Por alguna parte hay ingleses. Sólo pido que no hayan llegado a las cercanías del hospital —dijo Gaspar.

—¡Por Dios! Ni tan siquiera lo pienses... No pueden haber llegado tan lejos. Seguro que, como tú mismo decías antes, sólo se trata de algún grupo suelto.

Cuando el muchacho se despidió para volver a su puesto, Juan quedó profundamente preocupado. ¿Y si lo que había insinuado Gaspar fuera cierto? ¿Y si los ingleses habían llegado al barrio de El Cabo o habían desembar-

cado también por aquella parte de la línea? Era evidente que los disparos ya no provenían del muelle. Sonaban lejanos y dispersos, pero resultaba imposible situarlos en una zona determinada del pueblo.

En aquel momento llegó corriendo al rastrillo de la entrada un hombre con visibles muestras de excitación.

—¡Están ahí! —gritaba—. ¡Los ingleses están ahí mismo!

—¿Dónde? ¿Dónde están ahora? —preguntaban varios.

—Ahí cerca, junto a la casa de la Aduana, en la esquina de La Caleta —decía el hombre sumamente nervioso—. Son muchos. Se han reagrupado y vienen hacia aquí... Seguro que nos atacan...

La noticia corrió como un tornado. Inmediatamente formó una compañía de Milicias al mando de su capitán y Juan fue empujado hasta un rincón más allá del aljibe. Desde allí presenció cómo los milicianos salían al exterior del rastrillo y formaban en dos filas mirando hacia la Aduana, la primera en posición de rodilla en tierra y la segunda de pie. Mientras el oficial daba las voces de mando, el enemi-

go comenzó a disparar hacia ellos, pero casi al mismo tiempo los milicianos contestaron con una cerrada descarga de fusilería, a la que siguieron dos más. Hubo gritos y carreras, y a Juan le pareció que se producía algún desconcierto, como si se rompiera la formación de la compañía. Pero no era así, según supo después. En realidad, la formación que se había dispersado había sido la enemiga que, agrupada al principio de la calle de La Caleta, constituyó un fácil blanco para los milicianos y se vio forzada a retroceder. Un grupo de milicianos fue destacado hasta aquel lugar, encontrando a un oficial inglés muerto y a varios soldados heridos.

Un soldado llegó corriendo hasta él.

—¿Maestro Juan el herrero?

—Sí, yo soy —contestó.

—Preséntese inmediatamente al condestable Troncos. Le necesitan urgentemente —le informó el soldado.

—Y ¿dónde encuentro al condestable?

—Venga conmigo. Está en el cuerpo de guardia.

Juan siguió al soldado. El segundo condestable Manuel Troncos era un hombre de corta

estatura, achaparrado, pero de fuerte constitución física. Se notaba que era un hombre duro y habituado a la intemperie.

—¿Dónde tiene sus herramientas, maestro?

—Aquí cerca, en el almacén —le contestó Juan.

—Pues recójalas rápidamente. Hay que desclavar la batería del muelle.

—¿La batería del muelle? —preguntó sorprendido el herrero—. ¡Pero si todavía puede haber ingleses por allí!

—¡Bah! Puede que quede alguno suelto, que esté perdido de su gente. No se preocupe. Si nos encontramos alguno, yo me encargaré de él. ¡Déjelo de mi cuenta! Pero —le apremió—, dése prisa, ¡vamos!

Juan recogió las herramientas y le siguió con el susto en el cuerpo. Por el camino intentó conocer del condestable más detalles sobre lo ocurrido en lo más avanzado del muelle.

—Entonces —preguntó—, ¿es cierto que llegaron a ocupar la batería?

—Sí, lo es. Y hasta tuvieron tiempo de clavarla antes de que se lograra desalojarles —aclaró—. Ahora el teniente Grandy ha recibido la orden de hacerse cargo de aquella posición y volver a po-

ner en servicio su artillería. Allí nos está esperando. Fue él quien me envió a buscarle.

Al salir al exterior del castillo, Juan cayó en la cuenta de que no se oían disparos y que, inexplicablemente, todo estaba sumido en un extraño silencio. Cruzaron el «boquete» y se internaron en la explanada del pequeño muelle en dirección a su martillo. Al pasar junto a las escaleras del desembarcadero el espectáculo que se ofrecía a su vista era horrible. Grupos de hombres limpiaban la zona después de la cruenta lucha que allí se había desarrollado. Ya los heridos habían sido evacuados, pero quedaban los muertos, cuyos cuerpos estaban siendo transportados junto a la muralla de la escollera. El suelo aparecía cubierto de despojos, restos de armas, cascos de metralla, sables, gorros, trozos de lanzas. En algunos lugares la sangre formaba charcos sobre el pavimento, dejando ver claramente lo terrible que había sido la lucha cuerpo a cuerpo en aquel sector del pequeño muelle.

El espectáculo no mejoró en las cercanías de la batería, en donde la oscuridad, el viento y las salpicaduras de las olas al romper contra la escollera del extremo del espigón, hacían

más inhóspito y tétrico aquel puesto avanzado. Allí encontraron al teniente Grandy con un puñado de hombres. Estaba descubierto, las manos y cara manchadas por la pólvora, la casaca desabrochada, y no portaba más arma que el sable a la cintura.

—¡Vaya! ¡En buena hora llega, maestro! Póngase a trabajar inmediatamente. Hay que desclavar estos cañones con toda rapidez. Pueden volver a hacer falta en cualquier momento.

Juan examinó las piezas y llegó a la conclusión de que los ingleses habían trabajado a conciencia a pesar de que, sin duda, mientras allí estuvieron no habrían dejado de recibir la fuerza de las descargas y la metralla.

—Esto llevará un buen rato, señor teniente —comentó mientras empuñaba las herramientas.

—Yo mismo le ayudaré si es preciso. No puedo distraer a ningún hombre de los pocos de que dispongo.

Así era. En cuanto llegó con el herrero, el segundo condestable se había hecho cargo de la pequeña dotación de la batería que, bajo sus órdenes, procedía a transportar proyectiles, cargas de pólvora y cuanto era necesa-

rio para volver a ponerla en servicio. El emplazamiento, de reciente construcción, no disponía de parapetos ni de troneras, por lo que la batería estaba instalada a barbeta, esto es, como si estuviera en campo abierto. Esta disposición aumentaba las posibilidades de maniobrabilidad de las piezas, pero también el riesgo para sus servidores al quedar a cuerpo descubierto bajo el fuego enemigo.

Juan trabajaba acompañado por el teniente, que no cesaba de apremiarle:

—Vamos, maestro. Hay que darse prisa. Vea que dentro de muy poco comenzará a amanecer.

—No es culpa mía que el sol no se retrase, señor teniente —dijo Juan con su sorna habitual—. Pero es que estos demonios han hecho bien su trabajo.

Logró sacar los clavos de todas las piezas menos de una, que lo tenía tan bien fijado en su oído que no parecía sino que formaba un todo con la recámara. Por fin, después de un buen rato y con gran esfuerzo, toda la batería quedó en disposición de tiro.

La claridad del nuevo día iba en aumento y ya se podía distinguir a lo lejos las oscuras siluetas de los barcos de la escuadra enemiga.

—Parece una pesadilla —comentó Juan—, ¿Quién nos iba a decir hace sólo unos días que nos veríamos envueltos en tales trances? ¿Dónde está la tranquilidad que siempre hemos tenido?

—Es cierto —dijo el teniente—. Nadie lo hubiera supuesto.

Volvían a oírse disparos lejanos hacia el pueblo.

—Sin embargo —continuó—, aún hay enemigos dentro.

Un hombre del campo con su manta al hombro y que llevaba por arma una rozadera, llegó en aquel instante a la carrera y se dirigió a ellos.

—¡Señor teniente! Me envían desde el castillo —dijo con la respiración entrecortada.

—¿Quién lo hace? —quiso saber Grandy.

—No lo sé... No le conozco. Creo que un capitán.

—Pero, ¡explíquese de una vez! ¿Para qué le han enviado? —le gritó el teniente, molesto.

—¡Déjeme coger resuello, hombre! ¡No me atosigue vuesa merced! Allí quieren que sepa que los ingleses, o parte de ellos han entrado

en el convento de Santo Domingo... y que están allí parapetados.

—¿Es posible? —exclamó Juan.

—No le interrumpa, maestro. ¡Déjele hablar! —le cortó el oficial.

—Sí... eso es —continuó el hombre, ya más sosegado—. Allí se han metido y están haciendo señales a sus barcos desde el campanario.

El condestable, que se había acercado al ver llegar al hombre a la carrera, fue el que habló entonces:

—Seguramente estarán pidiendo refuerzos...

—Seguro —asintió Grandy—. Si es así hay que estar alerta. Que todos los hombres estén preparados y en sus puestos, condestable.

—Ya lo están, señor. Pero hay varios que jamás han disparado con una pieza.

—Colóqueles junto a algún veterano y trate de explicarles lo que tendrán que hacer en caso necesario. Nos falta gente, pero estoy seguro que estos dos amigos —dijo refiriéndose al herrero y al hombre que había llegado con el mensaje— se quedarán como voluntarios a ayudarnos.

El otro no contestó, pero Juan inició una tímida protesta:

—Pero, señor teniente, yo no sé...

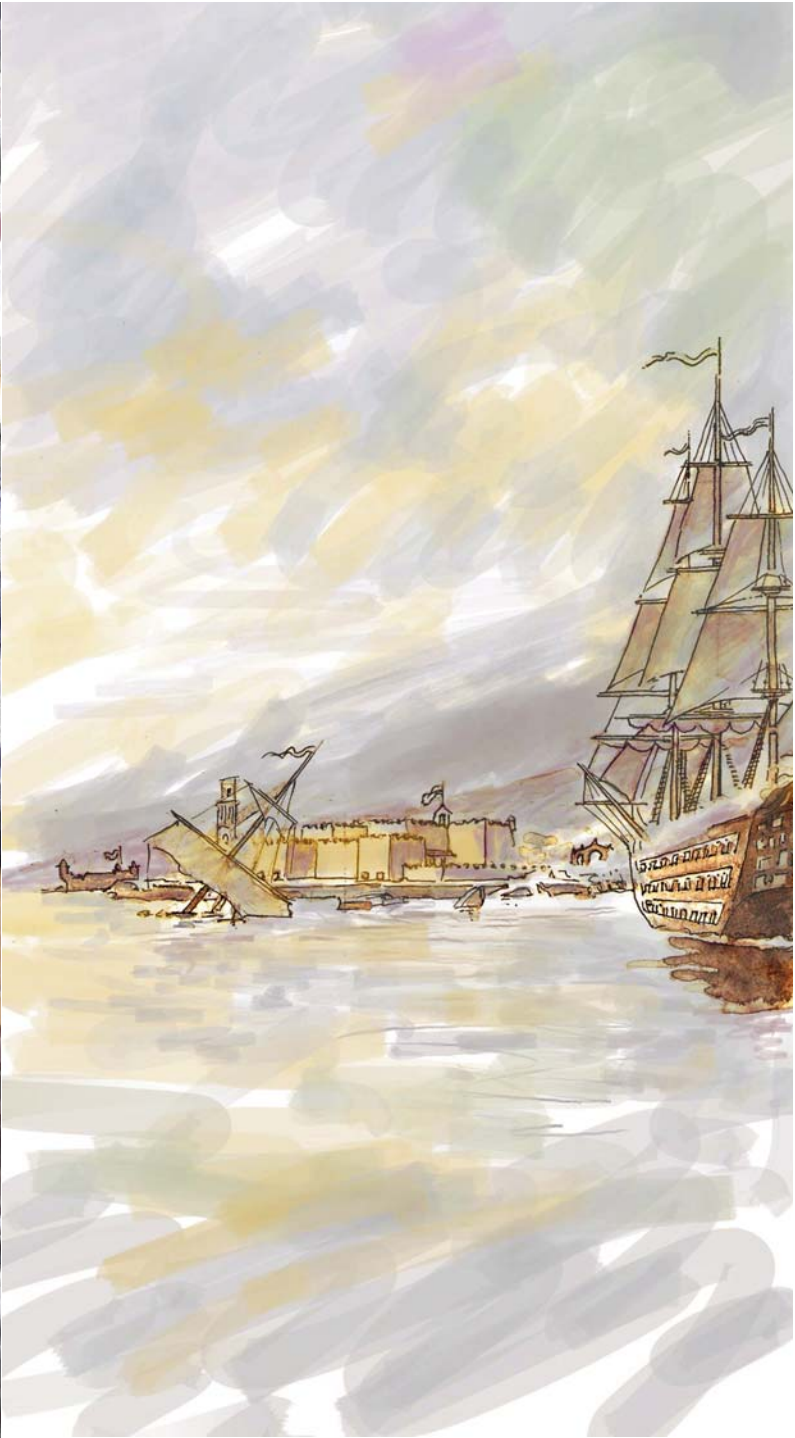
—No se preocupe —le interrumpió Grandy—. Se quedará a mi lado y sólo tiene que hacer lo que le ordene. Verá cómo nos entenderemos. Desde este instante considérese un artillero más.

La oscuridad se disipaba por momentos y las primeras luces del amanecer ya anunciaban la próxima salida del sol. En el horizonte, sobre el mar, comenzaba a formarse una franja rojiza.

Juan estaba desesperado, pues ahora sí era verdad que no podría moverse de allí. En silencio, con rabia contenida, maldecía su suerte, a los ingleses, al teniente Grandy, a toda la artillería del mundo... Se sentía cansado, agotado y una enorme desesperanza comenzó a invadirle, mientras sentía lástima de sí mismo, de Isabel, del hijo que esperaban y que ahora hasta dudaba si llegaría a ver algún día... ¿Hasta cuándo duraría aquella pesadilla?

El crispado grito de un miliciano cortó en seco sus negros pensamientos.

—¡Vienen! ¡Ahí vienen!



Los primeros rayos del sol iluminaban ya el horizonte. De la escuadra enemiga, que se distinguía ahora perfectamente, dos fragatas adelantaban su posición hacia tierra rodeadas de un grupo de lanchas, quince en total, que enfilaban directamente hacia donde ellos se encontraban. Aunque estaban fuera del alcance de las baterías, un primer cañonazo disparado a sus espaldas desde San Cristóbal estremeció el aire. El proyectil silbó siniestramente sobre las cabezas de los hombres que mandaba Grandy y levantó un surtidor de agua por delante de las lanchas atacantes. Lejos de arredrarse, pareció que sus ocupantes remaban con mayores bríos, intentando acercarse a tierra lo más rápidamente posible.

El teniente distribuyó a sus hombres, haciéndose cargo, junto con Juan y un veterano, de la pieza que ocupaba el centro de la batería.

—¡Todos preparados! —gritó—. ¡Que nadie prenda la mecha hasta que yo lo ordene!

Los cañones ya estaban cargados. Los hombres tensos y en silencio, mientras el enemigo continuaba acercándose. Grandy daba las últimas instrucciones.

—¡Rectifiquen la posición de las piezas! ¡Procuren apuntar al centro de la flotilla y no se preocupen si alguna lancha se adelanta!

San Cristóbal, San Pedro y las demás baterías del centro de la línea defensiva, ya habían entrado en acción, haciendo con sus disparos una cortina de fuego a la que ya estaban llegando las primeras lanchas. Juan miraba al teniente pensando que estaba demorando en exceso la orden de disparar, pero, sin duda, Grandy sabía lo que hacía. Bajo la luz del nuevo día ya se distinguía perfectamente a los atacantes, que prácticamente atestaban las pequeñas embarcaciones de desembarco, que se aproximaban con rapidez. Entre el estrépito de los cañonazos y el zumbido de los proyectiles, comenzaba a escucharse el lejano griterío de los asaltantes que, al mismo tiempo que trataban de animarse entre sí, intentaban dar mayores bríos a los remeros con sus voces y exclamaciones de aliento.

—¡Todos preparados para abrir fuego a discreción! —gritó Grandy—. ¡Ahora! ¡Fuego!

La primera descarga de la batería retumbó en el aire de aquella mañana de julio como un impresionante tronar que ensordeció a los

mismos hombres que la habían provocado, mientras que una nube de espeso humo envolvía la punta del muelle por unos instantes. Al ser ésta la artillería más avanzada de la línea sus bombas cayeron en el centro de la flotilla provocando una gran confusión, que aumentó considerablemente con la segunda andanada, ya más escalonada. La formación enemiga se rompía y las lanchas comenzaban a dispersarse aunque sin detener su avance.

Mientras Juan y el veterano artillero recargaban el cañón, Grandy daba órdenes y animaba a sus hombres bajo el fuego de la fusilería inglesa que, desde las lanchas, trataban de oponer alguna resistencia a las fuerzas de tierra. La tercera andanada ya resultó totalmente desordenada, pues cada pieza hacía fuego tan pronto como quedaba cargada por sus servidores. Fue entonces cuando el segundo cañón de la derecha logró un impacto directo en una de las lanchas, que se hundió rápidamente. Luego fue un disparo desde San Cristóbal el que tuvo el mismo acierto y, poco después, la pieza que disparaba el mismo Grandy hizo volar por los aires una tercera lancha. La confusión de los asaltantes

fue tremenda, mientras que en el muelle los hombres saltaban de alegría con cada impacto y redoblaban sus esfuerzos.

La formación del enemigo quedó definitivamente rota y detenido su avance. Desde las lanchas, muchas de las cuales habían quedado a la deriva, los soldados trataban de prestar auxilio a sus compañeros caídos al mar, pero el grupo más compacto de embarcaciones quedaba ahora bajo el fuego de las baterías de la plaza, lo que dificultaba sus maniobras. Pronto empezaron todas a retroceder, emprendiendo el regreso hacia la escuadra.

El refuerzo que los ingleses habían tratado de enviar a sus compañeros atrincherados en el convento de Santo Domingo, había sido rechazado en menos de media hora.

La alegría de los defensores fue indescriptible. Juan y el otro artillero, su improvisado compañero, se fundieron en un abrazo. Algunos lanzaban sus gorros al aire entre gritos de júbilo y Grandy felicitaba a todos, sin que estuviera seguro de que le escucharan dada la algarabía de sus hombres.

—¡Se retiran! ¡Vuelven a sus barcos! —gritaban todos emocionadamente—. ¡Victoria! ¡Victoria!

La mayor parte de los cañones de la plaza había enmudecido por quedar ya las fuerzas invasoras fuera de su alcance, pero desde la batería del muelle aún se hicieron algunas descargas que, levantando los últimos surtidores de agua, zaranderaron las lanchas más rezagadas del grupo que desesperadamente remaban hacía sus navíos.

—¡Alto el fuego! —ordenó Grandy.

—¡Se llevan lo suyo, señor teniente! —exclamó Juan—. Huyen como gatos escaldados... No creo que les queden ganas de volver a intentarlo.

—Sí.., así es. Y aquí se han portado todos como unos valientes. Les recomendaré a mis superiores para que, si lo estiman, sean premiados como se merecen.

—Yo no quiero nada, señor. Más bien... si vuesa merced desea de verdad recompensarme, déme su licencia y déjeme un par de horas para marchar a mi casa. Mi mujer se encuentra en estado muy avanzado y no tengo noticias de ella. Será el mejor premio que pueda darme.

—Bien. Marche en buena hora... pero espero verle más tarde.

—Gracias, señor teniente —dijo Juan gozoso y, sin poder contenerse, partió a la carrera como un chiquillo al que dan vacaciones inesperadas.

Habían sido muchas las emociones vividas y, mientras corría, la alegría del primer instante iba siendo sustituida por una extraña sensación menos placentera. Era como un nudo en la garganta que no sabía si lo producía la emoción o un oscuro presagio, resultado de las tensas horas vividas y de su angustiosa situación familiar. Por fin, cuando creía que había rebasado momentos que nunca, ni en sueños, pensó que podría llegar a vivir y de los que sin embargo había sido protagonista forzoso, podía volver a su casa, junto a su mujer, a su trabajo. A todo aquello que constituía su vida y su mundo.

Cuando Isabel comenzó a oír de nuevo los disparos de la artillería, en medio de los terribles dolores que sufría, creyó llegada su última hora. Anegada de sudor y presa de insoportables convulsiones, los dolores aumentaban por momentos en intensidad y frecuencia. En su desesperación, llamaba indistintamente por Juan y por Felisa, como si éstos pu-

dieran oírla, y después de cada convulsión quedaba semidesvanecida, hasta que la despertaba un nuevo estremecimiento.

De pronto sonaron fuertes golpes que provenían de la herrería y que, en un primer momento, le hicieron abrigar esperanzas.

—¡Dios bendito! ¿Será Juan? —exclamó.

Pero, inmediatamente, aterrorizada, cayó en la cuenta de que tal cosa era imposible, puesto que los golpes se repitieron en la puerta que comunicaba la herrería con la casa, y oyó cómo crujía la madera y saltaba el fechillo que la aseguraba por dentro. A punto de la histeria, escuchó pasos de alguien que arrastraba, jadeante, una carga pesada.

Intentó incorporarse en el lecho, pero le fue imposible y, en el mismo momento en que otra lacerante punzada la hacía gemir de nuevo, irrumpió en la estancia un soldado inglés de enorme corpulencia y cara de niño, que llevaba un fusil en bandolera. Durante unos segundos fijó en ella su fría mirada y le habló en su lengua con acento que parecía amenazador. Isabel se desmayó.

El inglés inspeccionó la habitación, miró bajo el lecho y abrió bruscamente la vieja caja

de tea donde se guardaba la ropa. Luego, arrastró hasta la habitación el cuerpo de un viejo compañero bastante mayor que él, de bigote y cabellos grises, que sangraba abundantemente por la herida que tenía en un muslo. Ambos chorreaban agua del mar. Probablemente eran supervivientes de alguna de las lanchas estrelladas contra las rocas de la playa.

Mientras hablaban en voz baja, lanzaban desconfiadas miradas a la mujer que, postrada en el lecho, gemía semiconsciente, ajena a todo lo que no fuera los dolorosos momentos que estaba viviendo. El joven soldado rasgó una sábana y colocó un torniquete en la pierna herida de su compañero, que permanecía sentado en el suelo con la espalda apoyada contra el lecho. Luego tomó el fusil y comprobó que estaba inutilizado al estar la pólvora tan mojada como ellos mismos.

Salió de la estancia, regresando al punto con el cazo del agua, que ofreció al herido. Intercambiaron algunas frases y, dando una palmada en el hombro al veterano soldado en son de despedida, partió hacia la calle enarbolando el arma por el cañón a guisa de maza.

Nada de esto pudo observar Isabel, que recobró luego el sentido y continuó gimiendo en su desesperada agonía. El viejo soldado la miró compasivamente y, a pesar de su herida y de la pérdida de sangre, alzándose sobre la rodilla sana le acercó el cazo con agua a los labios, hablándole con suavidad.

En un nuevo espasmo, un grito desgarrador salió de la garganta de la mujer:

—¡Señor! ¡El niño! ¡Mi hijo!

Día 25

La mayor parte de los ingleses ocupantes de las tres lanchas hundidas habían perecido frente al muelle de Santa Cruz. Sólo algunos pocos fueron recogidos por sus compañeros o lograron nadar hasta la costa y llegar a tierra, agotados, por el lado sur del espigón. Allí, sobre la misma escollera, grupos de milicianos ayudaban a algunos a trepar por las rocas, y quedaban prisioneros de inmediato. Heridos, magullados o medio ahogados, se entregaban sin ofrecer la menor resistencia.

Pero nada de esto detuvo a Juan. Recorrió a la carrera todo el largo del muelle, cruzó el «boquete» y pasó frente al rastrillo de la fortaleza, sin detenerse, hasta embocar la calle de La Caleta. A la izquierda, en las defensas de la playa, se agolpaban milicianos, soldados y

paisanos, pero la calle estaba desierta y aparecía silenciosa. Indeciso, aminoró el paso, recordando que había enemigos dispersos por el pueblo y que, no sabía en dónde, en cualquier momento podía tropezar con ellos. Caminó pegado a las casas de la derecha, con precaución y todos sus sentidos alerta.

Antes de llegar al callejón en que terminaba la calle de La Curva, le pareció escuchar un ligero ruido que de allí provenía. Se detuvo en seco, afinando el oído. Nada. Esperó todavía unos instantes. No se escuchaba el menor sonido, por lo que pensó que debía ser su imaginación la que le jugaba una mala pasada. El cansancio, la falta de sueño, los nervios, tantas horas en tensión... Era lógico que hasta creyera oír sonidos inexistentes. Casi iba ya a reanudar el camino cuando volvió a escuchar el mismo ruido de antes, como un leve roce o el suave crujir de algún objeto de cuero o de madera.

No había duda: alguien estaba en el callejón de la derecha y era evidente que sabía de su presencia y que trataba de ocultarse sigilosamente. Con la espalda pegada a la pared y moviéndose de costado, muy despacio, casi conteniendo la respiración, comenzó a avan-

zar hacia la esquina, primero un pie, luego el otro... Ya estaba a menos de media vara del ángulo que formaba la pared. Volvió a detenerse, expectante, tratando de volver a escuchar aquel ruido que había llamado su atención instantes antes. Nada. El callejón parecía desierto. Un ligero desplazamiento más de su pierna derecha y podría confirmarlo con la mirada. Estaba sudando. Al mismo tiempo que iniciaba el último movimiento de avance, algo le vino a la mente de improviso. Si había alguien agazapado allí, tendría que ser enemigo. Él llegaba desde el castillo y, desde aquella dirección, ningún defensor esperaría que se acercase un inglés. La conclusión era evidente.

Al deslizar la espalda por la pared, un aguzado saliente se trabó en su camisa, y produjo un leve desgarro. Asustado, saltó hacia el centro de la calle, en el mismo momento que un fusil blandido por el cañón por unos poderosos brazos se estrellaba con brutal fuerza contra el muro, en el lugar exacto en que el instante anterior se encontraba su cabeza. El inglés lanzó un grito de rabia al verse burlado y, con una agilidad increíble en un hombre de su corpulencia, se le abalanzó y des-

cargó un tremendo mazazo que Juan sólo pudo evitar en parte, recibiendo toda la fuerza del golpe en un hombro. Lacerado por el dolor, cayó en tierra y, por puro instinto de conservación, rodó sobre sí mismo hacia el callejón intentando alejarse de su agresor, mientras la culata del arma se estrellaba contra las piedras de la calle a pocos centímetros de su cabeza, haciendo saltar chispas del metal y astillando la madera. Antes de que el inglés tuviera tiempo de reaccionar, Juan, desde el suelo, agarró el arma y tiró de ella con todas sus fuerzas, al tiempo que lanzaba sus pies contra las piernas del soldado, que cayó al suelo aparatosamente.

Todavía intentó el inglés incorporarse, pero ahora era Juan el que blandía en sus manos la improvisada maza que estrelló contra las costillas de su oponente. No cabía duda de que el inglés era un luchador nato. Se revolvió en el suelo con intención de atarcarle de nuevo, por lo que el herrero, echándose encima con todo el peso de su cuerpo, trató de inmovilizarle presionándole el cuello con el mosquete sujeto con ambas manos cerca de los extremos.

—¡Quieto, demonio! —le gritó como si el otro pudiera entenderle—. ¡Se rinde o le aplasto!

Por primera vez reparó en las facciones de su oponente y observó con estupor que, a pesar del fornido corpachón, era extremadamente joven, apenas un muchacho, y que llevaba las ropas totalmente mojadas. Pero parecía indomable. Medio ahogado como estaba por la presión del arma, lanzó un salivazo a la cara del herrero y, elevando en desesperado esfuerzo una rodilla, le propinó un tremendo golpe bajo. Juan gritó de dolor y, enfurecido, aumentó la presión sobre el fusil. El inglés lanzó un ahogado gemido y, girando los desorbitados ojos, quedó inmóvil. Le miró con asombro. Era imposible que le hubiera partido el cuello. Todo lo más se habría desvanecido por falta de aire, pensó. Pero al retirar el arma un chorro de sangre brotó incontenible. Un grueso y afilado trozo de madera de la astillada culata le había atravesado el cuello.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Le he matado!

Intentó reanimarle palmeándole las mejillas repetidamente. El soldado quiso balbucir algo entre los ahogos producidos por la sangre que también manaba de su boca, con

desesperación, continuó girando los ojos por unos instantes más, y expiró. A pesar de su corpachón de gigante, casi era un niño, imberbe aún, de ojos azules y rubios cabellos.

—¡Inglés! ¡Inglés! —le gritaba Juan—. ¡Míster! ¡Yo no quería llegar a esto! ¿Por qué no se quedó en su tierra vuesa merced? ¿Qué se le había perdido tan lejos de su casa? Pero... ¡si no es más que un niño!

Pero el joven soldado ya no se movió más. Se incorporó trabajosamente, pues el golpe que había recibido en el hombro le producía un enorme dolor y la sangre le corría por el brazo y la espalda. Por última vez miró el cuerpo vencido y, con paso vacilante reanudó su camino, repitiendo maquinalmente:

—¡Dios mío! ¡Yo no quería..! ¡No quería..!

No se acordó entonces de todos los que había visto caer en la madrugada precedente, ni se le ocurrió pensar que alguno de los disparos efectuados con su colaboración desde la batería del muelle, pudo matar, no a uno, sino a varios enemigos de una sola vez. Lo que acababa de suceder resultaba trágicamente distinto. El contacto físico, la lucha cuerpo a cuerpo, la rabia que había sentido al

verse atacado, el dolor producido por los golpes... todas estas circunstancias le habían cegado e, inconscientemente, sólo había pensado en sobrevivir... hasta llegar a matar con sus propias manos.

Con el alma abatida, dando tumbos, continuó hacia el barrio de El Cabo, calle de La Caleta adelante. En el lamentable estado en que se encontraba, ya no prestaba atención a lo que pudiera suceder a su alrededor y, con la mirada fija en el suelo, creía ver que entre las piedras del arroyo manaba la sangre del joven inglés, que continuaba fijando en él la desesperada mirada de sus inocentes ojos azules. Hasta se olvidó del dolor del hombro, que sentía adormecido como si aquella parte de su cuerpo fuera de corcho.

La calle seguía desierta a aquellas primeras horas de la mañana. ¿Dónde estaba la gente del pueblo? Estarían en las defensas, o luchando en las inmediaciones del convento de Santo Domingo. Pero el caso era que no se veía un alma ni parecía haber nadie en el interior de las casas, todas cerradas, con los postigos bajos y silenciosos. Algo más repuesto continuó su camino y, al llegar a la al-

tura de su casa, apenas le dirigió una mirada, pensando sólo en llegar cuanto antes a su destino. Pero algo observó de pasada que le hizo volver sobre sus pasos para mirar con más detenimiento. La puerta, que lógicamente debería permanecer cerrada, aparecía entreabierta. Alguien la había forzado, pensó, posiblemente para robar. Le parecía increíble, tratándose, como así era, de la vivienda más modesta de toda la calle.

Empujó la puerta con precaución y avanzó un paso. La estancia estaba en penumbra, por lo que tuvo que esperar a que sus ojos se acostumbraran al cambio de luz. Pronto comprendió que allí había ocurrido algo. Al contrario de lo que había pensado en un principio, la puerta no estaba forzada, y la tranca permanecía apoyada contra la pared tal como solían dejarla cuando la cerraban desde afuera. Sin embargo, la puerta que comunicaba con la herrería sí estaba rota y su fechillo saltado. Quienquiera que hubiese entrado lo había hecho, por tanto, desde la playa. Maquinalmente cogió la tranca y se asomó a la herrería, y su temor se vio confirmado al observar que un par de tablas de la pared que

daba a la playa aparecían arrancadas. De resto no parecía haber demasiado desorden en la casa: la alacena abierta, la mesa un poco desplazada de su lugar habitual y el barrilete del agua en el suelo. Eso era todo.

Se agachó para recoger el recipiente que aún contenía algo de líquido, aunque gran parte se había derramado en el suelo. Al hacerlo, unas manchas oscuras llamaron su atención. Pasó sobre ellas los dedos mojados y notó una sensación pegajosa: ¡Sangre! ¡Eran gotas de sangre! En el mismo instante en que la evidencia de que allí había ocurrido algo más de lo que en principio le había parecido se abría paso en su atormentado cerebro, algo así como un gemido le llegó de la habitación contigua.

Se incorporó como una centella y, enarbolando con ambas manos la tranca de tea, entró en el dormitorio. Creyó morir al ver el cuadro que se ofrecía ante sus ojos. Tendido en el suelo, inmóvil, un veterano soldado inglés de grandes y grises mostachos, yacía junto a la cama en medio de un gran charco de sangre, con una especie de torniquete en un muslo. Sobre el lecho, entre un gran revoltijo

de ropas, estaba Isabel, sudorosa y sumamente pálida.

—¡Juan! —gimió la mujer con débil voz.

—¡Dios mío! —gritó el herrero fuera de sí—. ¡Isabel! ¡Qué te han hecho!

Y, ciego de furor, alzando el madero que llevaba en las manos, iba a descargarlo sobre la cabeza del inglés caído.

—¡No! ¡No, Juan! ¡No lo hagas! —imploró Isabel, tratando de detenerle—. Me ha ayudado... y está herido... —y añadió—: creo que se ha desmayado...

Juan dejó caer la improvisada arma y corrió junto a la mujer.

—¡Isabel! ¿Qué te han hecho? ¿Estás herida? ¿Qué quieres decir con eso de que te ha ayudado?

—¡Mira, mira, Juan! —decía la mujer con los ojos anegados de lágrimas.

El diminuto y amoratado rostro de un recién nacido asomaba entre el revoltijo de ropas.

—¡Es tu hijo, Juan! ¡Nuestro hijo!

índice

Día 21 13
Día 22 31
Día 23 45
La noche del 23 al 24 63
Día 24 75
La noche del 24 al 25 87
Amanecer del 25 109
Día 25 131